

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL Y DEL ESTRANGERO.

MADRID.

LIBRERIAS DE ESCAMILLA Y CUESTA.



LA HIJA DEL AVARO,

COMEDIA EN DOS ACTOS

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

DON EMETERIO SUAZO.



MADRID.

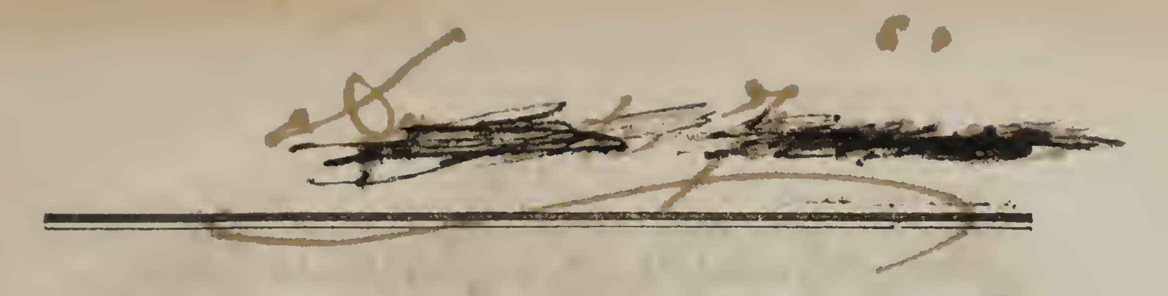
IMPRENTA DE REPULLÉS.

1840.

PERSONAS.

Don Ponciano.
Casilda, *su hija.*
Carlos, *primo de Casilda.*
Don Sabas, *escribano.*
Isidoro, *su sobrino.*
Casimira, *criada.*

La escena es en casa de don Ponciano, en un pueblo á las inmediaciones de Toledo.



ACTO PRIMERO.

Sala baja. En el fondo hay dos puertas: la de la derecha tiene ventanilla, es la de la entrada y va á dar al patio: la del medio sale á una escalera que conduce al piso principal. Debajo de la escalera habrá una puerta que no se verá. En segundo término, á la derecha del actor, la cocina. En frente y en el mismo término, el gabinete de don Ponciano. Ajuar mezquino, estropeado, al gusto antiguo y estravagante de provincia. Una mesa cerca del gabinete de don Ponciano: otra junto á la puerta de la cocina.

ESCENA PRIMERA.

CASILDA. CASIMIRA.

(*Al levantar el telon, Casimira se asoma por la puerta del patio. Casilda á la puerta de la cocina.*)

Casil. Qué es eso, Casimira?
Casim. Ya se marcha, señorita.
Casil. De veras?
Casim. (*A don Ponciano que está en el patio disponiéndose á marchar.*) Vaya usted con Dios, señor... eh...! la ventana del corredor...? (*Mira por la puerta del corredor, y al volver á la del patio, dice en alta voz:*) Está cerrada... con Dios...! no corra usted mucho... cuidadito con la yegua.
Casil. Se fue...?
Casim. Ahora sale del patio... va á dar una vuelta como todas las mañanas... á las labores, á los peones... lleva entretenimiento para dos horas.
Casil. Tanto mejor: cierra la puerta. (*Casimira la cierra.*) Ahora... (*Se muda á la izquierda de Casimira.*) podemos componer el desayuno de mi primo Carlos... vaya, vamos corriendo.
Casim. Me parece que no corre prisa; durmiendo está á mas y mejor.

Casil. No importa: todo debe estar listo para cuando despierte, antes de que mi padre dé la vuelta.

Casim. Yo lo creo... caramba! si el amo viese todo este gasto, este despilfarro... chocolate, huevos, manteca, un mantel...!

Casil. Buena la habiamos hecho...! (*Llaman á la puerta.*) Dios mio! ahí está!

Casim. (*Por lo bajo.*) Se le habrá olvidado alguna cosa. (*Vuelven á llamar.*)

Casil. Escucha...! voy á la cocina á hacer el chocolate con toda precaucion: procura que se marche pronto.

Casim. (*A la puerta.*) Ya... ya van!

Casil. (*En tono bajo.*) Despues irás poniendo la mesa. (*Entrase en la cocina.*)

Casim. (*Abriendo la ventanilla.*) Es usted, señor amo?

Isid. (*Por fuera.*) Abre, Casimira!

Casim. Toma, toma...! (*A la puerta de la cocina.*) no hay que asustarse: no es nadie... es don Isidoro.

Isid. Mil gracias... Abre de una vez!

Casim. (*Abriendo.*) Vamos, entre usted.

ESCENA II.

CASIMIRA. ISIDORO.

Isid. (*Entrando.*) Gracias á Dios!

Casim. Buen susto nos ha dado usted. Tan temprano por aqui...?

Isid. Mi tio don Sabas me envia, y no ha sido menester que me lo diga dos veces... tengo tanto gusto en venir por acá!

Casim. Pues su tio de usted, como notario del amo, sabe muy bien que todas las mañanas sale á caballo mi señor á ver sus posesiones en las cercanías.

Isid. Siempre tardará en venir. Don Ponciano tiene tanta hacienda...! Campos, viñas, prados, olivares. Todo le pertenece.

Casim. Y lo recorre todo. La señorita está ocupada; yo tambien... con que... puede usted volver luego.

Isid. No faltaba mas! (*Aparte.*) Dice bien mi tio... aqui hay gato encerrado..

Casim. Como el amo no está en casa...

Isid. Le esperaré. Se trata de un negocio de importancia... de una gran finca que va á añadir á las que ya tiene. Se va á hacer el dueño de toda esta tierra. De eso me parece que hablaban mi tio y él ayer noche, cuando llegó aquel jóven... Te acuerdas...?

Casim. Ah! sí... Don Carlos... el sobrino de mi amo.

Isid. No, sino de su difunta muger.

Casim. Pobre difunta! ni aun siquiera tuvo el gusto de verle! y no será porque no se la pasaron buenas ganas de ir á Madrid á casa de su hermano; pero mi amo no consintió nunca en desembolsar los gastos del viaje. Oh! como que se llevaba los tres y los cuatro dias rabiando por el porte de una carta! De manera que la pobre señora no se atrevia á escribir á su hermano, temiendo las contestaciones. Si el otro lo hubiera sabido...! Pero ella... era una santa... qué...! por no manifestar la menor queja de su marido...

Isid. Con que tan encogido ha sido siempre don Ponciano?

Casim. El ha grangeado su fortuna... tiene derecho para hacer de ella lo que se le ponga en la cabeza.

Isid. El caso es que no hace nada.

Casim. Por no arruinarse. Hagámosle justicia: yo, que entré en la casa hace cuarenta años, sé muy bien sus principios. La hijuela de la señora era poca cosa, y él nada absolutamente poseía. Para llegar á ser el mas fuerte propietario de la comarca, menester era que fuese guardando su dinero. En tiempo de la revolucion... de la otra! la pasada... no se metia en lo de bienes nacionales, ni acciones de Gremios, ni... Economía y nada mas. Asi es como juntó sendos ochentines Y... (lo que él decia, escatimando el alimento para comprar una cuartilla de tierra:) Hijos mios! un bocado empuja al otro, y asi se desbaratan las haciendas.

Isid. No, pues le ha salido grandemente la cuenta.

Casim. Mas... á propósito de alimento... Se me habia olvidado. La señorita que está haciendo el chocolate! voy... (*Vase hácia la mesa.*)

Isid. Cómo va eso? qué es lo que dices...? chocolate en casa de don Ponciano...? (*Dirigiéndose á la puerta de la cocina.*) No hay duda: este olor á cacao... Casimira!

Casim. Déjeme usted... tengo que poner la mesa.

Isid. (*Mirando á la mesa que Casimira prepara.*) Qué es esto...! un cubierto para desayunarse... en casa de don Ponciano...! Vamos! Esto está perdido: aqui reina la mas completa devastacion.

Casim. El señor don Carlos, hijo de un... cómo le llaman...? de un... cambiante; está acostumbrado á todas las monerías de Madrid. No se ha criado á lo salvage como usted y yo.

Isid. Muchas gracias...! y es don Ponciano quien paga todo esto?

Casim. Ni por imaginacion. Si lo supiera...! es cosa de la señorita. Como que para enviar por el chocolate y el azúcar ha cambiado una moneda de oro de las que su padre la dió.

Isid. Con que la da dinero?

Casim. Sí señor: se lo va dando poco á poco en todo el curso del año, para contarlo con ella por navidad. Ese es su aguinaldo... jamas llegaba á ello... mas para su primo...!

Isid. Su primo...! su primo...! parece que de buenas á primeras le ha tomado un interes...

Casim. Bah! el sobrino de su madre es buen mozo... Ayer nos sorprendió á todos con su llegada, y las sorpresas siempre son agradables á las muchachas! Estábamos quietos y pacíficos, mi amo y su tio de usted haciendo garabatos, yo en mi costura, la señorita leyendo... cuando de repente, tran, tran, tran...! un golpeteo de puerta que nos alarmó á todos... especialmente al amo, que tiene mucho miedo de noche. Corro á abrir...! dos ó tres hombres con lios, maletas... y poco despues un guapo mozo, elegante, limpio, estirado, como si acabara de salir de un escaparate; con su magnífica capa... De un salto se planta en medio de la habitacion... "Buen amigo, le dice al amo, pasad recado al señor don Ponciano." Ponciano...? yo soy. "Oh! mi tio! mi querido tio...! vea usted esa carta de mi padre." Nosotros nos quedamos suspensos, don Sabas y yo... pero la señorita...! ah! si la hubiera usted visto... pálida como una muerta...! con unos lagrimones en los ojos...! parecia una loca...! de improviso se abraza con el recienvenido, diciendo: "madre mia... madre de mi alma...!"

Eso sí... efectivamente se da mucho aire á la pobre señora.

Isid. Con que... sin mas ni mas se colgó de su cuello? y...

Casim. Lo que es él... es muy tratable... Empezó á reirse y á abrazar á su prima sin enfadarse, ni mucho menos...

Isid. Vaya una gracia!!

Casim. Bien seguro es que ni él ni mi señorita han pegado los ojos en toda la noche.

Isid. Yo sí que no he dormido! desde que me lo contó mi tio...!

ESCENA III.

ISIDORO. CASILDA. CASIMIRA.

Casil. (*Saliendo de la cocina.*) Vamos, despáchate, Casimira, pronto...! ya está el chocolate. (*A Isidoro, que la sigue saludando.*) Buenos dias, Isidoro; sigue usted bueno? (*A Casimira.*) Acabo de oir ruido en el cuarto de mi primo... y aun no está la mesa puesta! Jesus...!

Casim. Qué! si hace una hora que me está dando conversacion...

Casil. Anda... yo le escucharé por tí.

Casim. Me alegro que usted me releve. (*Aparte.*) Qué buena es la señorita...! en nada repara. (*Métese en la cocina.*)

Isid. (*Mirando á Casilda.*) Dios mio! qué linda está usted, señorita!

Casil. De veras! Mil gracias... (*A Casimira, que está en la cocina.*) Cuidado, Casimira, que pongas un mantel limpio.

Isid. Sí... Casildita. Ese color sonrosado da gusto verle. Un dia entero me pasaria yo contemplándole! Cuando mi tio me mandó venir... Yo no sé qué felicidad... pero todavía debe estar muy distante de mí esa fortuna. (*Casimira trae un mantel y una jícara ordinaria, lo que pone sobre la mesa.*)

Casil. Muger! esa jícara no... la otra: la de los ramos. (*Casimira toma la jícara y se la lleva.*)

Casim. La que no ha servido desde que murió madre?

Casil. Aquella, aquella! para su sobrino...
Isid. No me escucha usted, señorita?
Casil. Sí, sí por cierto: tambien yo tengo gusto en ver á usted. Conozco la satisfaccion que usted tiene en hacerme mil obsequios... se porta usted conmigo como un hermano.
Isid. Oh! mejor... mucho mejor... Si usted supiera lo que hay en el particular...! Atienda usted, Casildita; si usted me dijera "es preciso que te arrojes en la lumbre por mí..." lo haria sin titubear. El achicharrarme vivo se llevaria muy poco con lo que me está sucediendo. La idea solo de que usted pueda pertenecer á otro, es lo que mas me quema, lo que me abrasa, y me frie, y...
Casil. Qué quiere usted decir con eso, Isidoro?
Isid. Nada... Quién me mete á mí en semejante cosa...? Soy un pobre escribiente de mi tio Sabas: no puedo prometerme... por mas que diga mi tio: es imposible! Pero... qué le he de hacer? Y luego... si es cierto que viene espresamente á casarse con usted...
Casim. (*Volviendo.*) Casarse... quién? (*Trae una jícara, una servilleta, una chocolatera, y un gran terron de azúcar en un papel.*)
Casil. Mi primo! quién le ha dicho á usted...?
Isid. Quién me lo ha de haber dicho...! mi tio. A él se le figura por el aire de interes con que su padre de usted leyó la carta de ayer noche, que se trata...
Casim. De qué? vamos, de qué se trata?
Casil. Qué disparate...! el hijo de un cambiante...! Dios mio..! es muy rico para nosotros.
Isid. Si es por eso, no debe darse grande importancia el recienvenido. Semejantes fortunas de rentas, dice mi tio que son como los globos. Se hinchan... se remontan en un santi-amen. Pero al menor choque revientan y... plaf! al suelo sin remedio...! Siempre será usted mas rica que su primo. (*Casimira y Casilda ponen todo lo necesario sobre la mesa.*)
Casil. De veras? mas rica? (*Mirando á la mesa*) Tentacion! qué es lo que has traido aqui...?
Casim. Toma..! el azúcar.
Isid. Su padre de usted, que á mas de sus propiedades tiene, segun dicen, arcas llenas de oro...

Casil. Mi padre...!

Isid. Oh! á mí lo mismo me da... La amistad de usted es lo único que yo pretendo.

Casil. Señor Isidoro! (*Presentándole el azúcar que está en el papel.*) Si me hiciera usted el favor de moler este azúcar, bien molidito...

Isid. Al instante, señorita, con el mayor gusto. (*Coge el azúcar y vase á la cocina.*)

Casil. (*A Casimira.*) Bueno...! lo que falta es el sillon de la sala de mi padre.

Casim. (*Aparte.*) Jamas le usa el amo, porque no se gaste.

Casil. (*A media voz.*) Oye, Casimira... lo que Isidoro me acaba de decir... eso de que mi padre tiene mucho oro... te parece á tí...?

Casim. Bien puede ser. No diré yo lo contrario.

Casil. (*En el mismo tono.*) Es seguro... porque tú no sabes... Mira! anoche oía yo trastear en la casa, y temiendo que despertasen á mi primo... me levanté á ver lo que era... Ya me volvia á mi cuarto sin averiguar nada, cuando vi á mi padre que cogia una llavecita, detras de ese cuadro viejo, ahumado... allí, debajo de la escalera, en el portal. (*Señala á la escalera del fondo.*)

Casim. (*Asustada.*) Virgen Santísima...! con que usted ha visto...?

Casil. (*En el mismo tono.*) Entonces... abrió con mucho tiento, al lado del cuadro, la puertecilla de la alacena que tiene reservada para guardar papeles, segun dice... y se sentó en el suelo junto á una orza desbocada donde habia oro... pero mucho! muchísimo!! púsose á contarlo... y despues un sin fin de billetes de banco que sacó de una cartera grande.

Casim. Silencio, señorita...!

Casil. Ponia unos ojos tan abiertos...! susurraba algunas palabras riéndose... pero con una risa tan original...! y luego... como la luz del farol esparcia una lúgubre claridad... Daba miedo ver aquello...! yo me volví á mi cama retemblando.

Casim. Buen Dios...! si lo llegara á saber... Cuidado con que hable usted de eso en toda su vida...!

Isid. (*Entrando, presenta el azúcar á Casilda.*) Aquí es-

tá el azúcar. (*Con un terron en la boca.*) Y muy rica que es!

Car. (*Por fuera.*) Casimira...! muchacha!

Casim. Ya llama, señorita.

Casil. Ya le oigo. (*Tomando el azúcar de manos de Isidoro.*) Gracias, señor Isidoro. (*A Casimira.*) Vamos... corriendo... el sillon.

ESCENA IV.

LOS MISMOS. CARLOS *en trage de casa elegante, un pañuelo de la India al cuello, un neceser en la mano.*

Car. (*Mirando la escalera que acaba de bajar.*) Por fin ya estoy aqui... mi trabajo me ha costado... qué diablo de escalera! (*Pone su neceser sobre la mesa que está á la puerta de la cocina.*)

Casil. Cielos! Se ha hecho usted daño...?

Car. (*Besando su mano.*) Este sería el mejor remedio... Buen dia, hermosa primita... Eh! no ha sido cosa... un error de cálculo... tres escalones que tomé por uno.

Casim. (*Señalando á la escalera.*) Pues si tiene alli su cuerda para asegurarse...

Car. Sí... la tendrá, no digo lo contrario... pero no he reparado en ella... Está aquello tan oscuro... no me pesa sin embargo por lo agradable del contraste. (*Casimira entra en el gabinete de don Ponciano.*)

Isid. (*Aparte.*) Empalagoso! ahora se viene con requiebros...! como si yo no fuera capaz de hacer otro tanto.

Casil. Ha pasado usted bien la noche?

Car. Ya ve usted, me levanto... mil perdones si me presento en negligé...

Isid. (*Aparte.*) Mire usted qué fatuidad...! para que digan que está buen mozo!

Car. Quise escribir esta mañana á papá... y á otra persona... pero no tenia alli...

Casil. Qué le faltaba á usted?

Car. Casi nada... una mesa, tinta, pluma, papel, y alguna otra friolera... psi...!

Casil. Ay Jesus...! todo se le proporcionará á usted,

primo mio. (*A Isidoro.*) Don Isidoro, usted nos ayudará, no es verdad?

Isid. Al momento, señorita.

Car. (*Mirando al rededor.*) Nunca hubiera creido que en España, en el siglo diez y nueve, habia gentes que viviesen en semejantes huroneras, y mucho menos parientes mios!

Isid. (*Aparte.*) Cómo repara en todo...! si estará haciendo el inventario...! el tal pretendiente...

Casim. (*A Casilda.*) Dígale usted que se ponga á almorzar antes que vuelva el amo.

Car. (*A Casilda dándola un tintero que ha sacado de su neceser.*) Ahí tiene usted un tintero... Está usted como cortada...! Si yo incomodo... con permiso de usted me retiro...

Casil. Al contrario... primo, qué disparate! Si usted quisiera desayunarse...

Car. Lo agradezco, primita... no se moleste usted... no tomo nada hasta medio dia.

Casim. (*Aparte.*) Echale un galgo!

Isid. (*Aparte.*) Hasta medio dia...! yo que almuerzo á las cinco de la mañana lo mas tarde...!

Casil. Es que... temo que el chocolate...

Car. Chocolate! no... no lo tomo por las mañanas... como no sea una taza de té... sino...

Casil. Té...! caramba! si yo lo hubiera sabido...

Casim. (*Aparte.*) Y el amo que vuelve á las once... (*En alta voz.*) Es una lástima...! está hecho el chocolate...

Casil. (*A Carlos.*) Sí... alli está...

Car. (*Conociendo su pesar.*) Está ya hecho... hola! eso es muy distinto. El chocolate me gusta mucho... y, francamente... me siento con un poco de apetito.

Casil. (*Saltando de alegria.*) Sí? ah! cuánto me alegro! Voy á traerle al instante... (*Dando el tintero á Casimira.*) Toma, échale tinta... en el gabinete de mi padre... volando! (*A Carlos que la mira.*) Vuelvo al instante, primo mio. (*Entra en la cocina; Casimira en el gabinete de don Ponciano.*)

ESCENA V.

ISIDORO. CARLOS.

Car. Pobre primita...! qué buena es! cómo se atarea por mí...
Isid. Le parece á usted bien?
Car. Caballero...! (*Se saludan.*) No tengo el honor...
Isid. Isidoro...! Isidoro Carrasco...! el sobrino de mi tio el escribano.
Car. (*Con sonrisa.*) Ya caigo! el sobrino de su tio...! (*Aparte.*) Un buen hombre, un lugareño.
Isid. Piensa usted permanecer por acá mucho tiempo?
Car. (*Rie.*) Eh! eh! eh! eh!
Csid. (*Rie.*) Eh! eh! eh! eh...! no está usted divertido?
Car. Ciertamente que no. Yo habia oido decir asi... vagamente, que mi tio era rico, que vivia en un pueblo... de modo que creí que tenia una hermosa quinta... con su huerta, con sus jardines... en una palabra... que vivia como un patriarca...! Esto tambien fastidia con el tiempo...
Isid. Oh! pues en casa de don Ponciano no debe temerse semejante fastidio.
Car. Ya lo veo... esto exige otra clase de resignacion... mas cuanto mas discurro, entiendo menos la precipitacion de mi padre en enviarme á estos sitios... (*Aparte.*) Yo que me encontraba tan á mi gusto en nuestro cuarto principal de la Carrera de San Gerónimo... en mi sala gótica... y en vísperas de tanta ventura...!
Isid. Con que ignora usted la causa de su viaje?
Car. Sí... completamente.
Isid. Su padre de usted habrá tenido sin duda razones muy poderosas...
Car. Es probable.
Isid. Cáspita...! (*Aparte.*) Reservado es el madrileño!
Car. (*Aparte.*) El lugareño es curioso como él solo!
Isid. De modo que el viaje de usted nada tendrá que ver con la señorita Casilda...?
Car. Con mi prima...? (*Aparte.*) Ah! ya comprendo! Este es su novio.

Isid. Con que no es cosa de...?
Car. (*Mirándole.*) Qué figura tan ridícula! (*Volviéndose para reir.*) Ah! ah! ah...!

ESCENA VI.

LOS MISMOS. CASILDA. CASIMIRA.

Casil. (*Con una chocolatera.*) Vamos, primito, vamos... ya está todo á punto. Tenga usted asi, don Isidoro... (*Le hace tener la chocolatera.*)
Casim. (*Entrando.*) Cómo! No ha concluido todavía...? Jesus, Dios mio...!
Car. Pero, primita, cuánto se molesta usted por causa mia...!
Casil. No haga usted caso, primo mio. (*Recoge la chocolatera de mano de Isidoro, dirigiéndose á Casimira, que está inmediata á la mesa.*) Casimira! qué contenta estoy...! tomará buen chocolate... me parece haber acertado á agradarle. (*Se ocupa en ordenar todo lo que hay sobre la mesa.*)
Car. (*Aparte mirándola.*) Realmente es bonita mi prima... A pesar de ese encogimiento de provincia... tiene un aspecto de candor y de bondad que me encanta. (*Casilda le mira.*) Y unos ojos...! como los de Elisa!
Isid. (*Entre Carlos y Casilda.*) Cómo la mira!
Car. Hum ..! (*Mirándole y volviendo la cabeza.*) Ah! ah! ah...! el papanatas!
Casil. (*Que acaba de poner el sillon.*) Primo, puede usted sentarse cuando guste... todo está dispuesto. (*Vierte el chocolate en la jícara.*)
Casim. Vamos, despache usted. Si el amo...
Car. Con mucho gusto, si don Isidoro me lo permite.
Isid. Quién! yo! si yo no estorbo... al contrario! (*Carlos va á la mesa.*)
Casil. (*Señalando al sillon.*) Aqui, en este sillon.
Car. (*Sentándose.*) Obedezco de muy buena gana. (*Aparte.*) Buena está la poltrona!
Casim. Gracias á Dios. Ya se sentó. (*Carlos sentado; Casilda en pie á su derecha; Casimira á su izquierda; Isidoro á la derecha y mas cerca del espectador.*)

Car. Es hermoso un ligero desayuno sin ceremonia.

Isid. (*Aparte.*) Buena está la salida! sin ceremonia!

Car. Y en tan buena compañía... es un placer que me lisongea mucho... y esto de placeres no debe andar por aqui muy abundante... (*A Isidoro.*) Hem...! en qué se divierten las gentes de este pueblo?

Isid. En qué?

Car. Sí...

Isid. En sus negocios.

Car. Y cuando faltan negocios?

Isid. Entonces no se divierte uno... no hay una precision de divertirse.

Casil. Sí tal, primo mio... Si le entretiene á usted la pesca, don Isidoro la entiende muy bien.

Car. Sosegada diversion, á fé mia... Pero... aqui no hay mas que un cubierto! (*A Casilda.*) Y usted, señorita?

Casil. Quiero servir la mesa.

Car. (*Queriendo levantarse.*) No faltaba mas.

Casim. (*Cogiéndole por detras y obligándole á sentarse.*) Vamos! quieto... lo compondrá usted de manera que venga el tio, y...

Casil. Chut! muger de Dios!!

Car. (*Admirado.*) Qué es eso? pues qué hay?

Casil. Nada, nada. Almuerce usted, primo mio, almuerce usted con comodidad... no se apresure usted.

Car. Apresurarme...! no trato de eso... estoy perfectamente asi... buena cara tiene el desayuno... Casimira! trae pan.

Casim. (*Presentándole un pan grande y redondo.*) Tome usted, y parta por donde quiera.

Car. (*Aparte y cortando el pan.*) Vaya un aliño de pan! Si mis amigos de la fonda francesa me viesen en este lance crítico!

Casil. Qué quiere usted tomar con eso, primo?

Car. Oh...! cualquier cosa... unos bizcochos...

Casim. Otra te pego!

Casil. Está bien. (*A Isidoro.*) Junto al estanquillo... al bollero... bizcochos... corra usted, corra usted, por favor.

Isid. Sí, señorita, voy en un credo. (*Aparte.*) Hace de mí todo lo que se le antoja.

Car. Qué! se marcha usted... Supongo que nos veremos

para esa partida de pesca... mi querido amigo.

Isid. Sin falta. (*Aparte.*) Su querido amigo...! como que ya se ve...! (*A Casilda.*) Voy, voy echando chispas. (*Aparte.*) Su querido amigo...! (*Vase.*)

ESCENA VII.

CASILDA. CARLOS. CASIMIRA.

Car. (*Aparte.*) Amoscado está conmigo don Isidoro. (*Probando el chocolate.*) Es esquisito...!

Casil. Puede que le falte azúcar...

Car. (*Tomando azúcar.*) Lo que afirmo es que como este no le he tomado en Madrid.

Casim. Yo lo creo... como que lo ha hecho la señorita.

Car. De veras! me alegro de saberlo con tiempo... desde ahora me va á parecer doble mejor... (*Notando que Casilda le mira.*) Mucho me mira usted, primita.

Casil. Perdone usted: queria yo tanto á mi madre...

Car. Sí: papá me ha hablado varias veces de lo bondadosa que era.

Casil. Y tambien él es muy amable, no es verdad? (*Se sienta cerca de Carlos.*)

Car. Que si es amable! el mejor, el mas generoso de los hombres... y para conmigo tan indulgente! Mis menores deseos, hasta mis caprichos, que no dejo de tenerlos alguna vez... los adivina, los previene... y cuando me ve que vuelvo á casa, muy satisfecho de un dia tan frívolo por mi parte, como por la suya laborioso, parece que me lo quiere agradecer. "Carlos, me dice, hijo mio, haces bien... en mi tiempo no pude aprovechar mi juventud... ojalá encuentre en la tuya otra mas florida...! (*Casilda se sienta junto á Carlos.*) Es menester que tú me indemnices, y que te diviertas por los dos..." De modo que por obedecerle no perdono ocasion alguna... cada dia nuevas distracciones..: espectáculos, bailes, fiestas... pobre papá! todo, todo se lo tengo que agradecer.

Casim. Qué fortuna...! ah! señorita, un padre asi quisiera yo... para cambiar por él, el de usted. No titubearia un momento.

Casil. Casimira...!

Car. Por qué dice eso?

Casil. Pues qué va usted á hacer caso de ella, primo mio...? está loca... Yo desear otro padre en vez del que tengo, de quien soy la única gloria y la felicidad...! tambien él es generoso conmigo.

Casim. Pero á lo menos iría usted una vez siquiera á esos espectáculos de que habla su señor primo.

Car. Es posible! con que no va usted á la ciudad inmediata?

Casim. Jamas...! ham! esas chanzas cuestan el dinero.

Casil. Qué tontería! Yo no pienso en semejante cosa... educada en esta casa por mi madre, que en ella vivia feliz, mis anhelos nunca se han estendido mas lejos... de ella aprendí á complacer en un todo á mi padre... á no echar menos otra clase de contentos... tal vez en este instante desearia, por vuestra causa, encontrarme en medio de esas brillantes reuniones; pero... una vez... una tan sola. Para dar una ojeada... para veros... y conservar eternamente aquel recuerdo como un tesoro.

Casim. (*Escuchando.*) Cielos!

Casil. (*Levantándose.*) Qué es eso?

Casim. Nada... me pareció que oía...

Car. Pues bien, prima mia: vendrá usted á ese mundo que no conoce... yo lo quiero... tengo un empeño en ello, por amor propio de primo.

Casil. Qué dice usted?

Car. Queda á cargo de mi papá... Estoy casi seguro de que hablará de ello al de usted en la carta que yo le entregué.

Casim. (*Poniéndose entre Casilda y Carlos.*) Ah! aquella carta que repasaba esta mañana... estaba muy embebecido... Debe de ser algun secreto.

Car. Sí... un secreto de familia... que pronto se sabrá... Vendrá usted á Madrid, primita?

Casil. Yo?

Casim. (*Bajo á Casilda.*) Estoy por decir que tenia razon don Isidoro. (*Se vuelve á la izquierda de Carlos.*)

Casil. (*Temblando.*) Mucho me lo temo.

Car. Desde ahora mismo puedo decir aqui para entre nosotros...

Casil. No, primo mio, no, no... supuesto que es un secreto, no me hable usted de él todavía.

Casim. A qué viene eso...? yo tengo curiosidad... veamos... el casamiento...

Casil. Casimira!

Car. Calla! se lo ha presumido.

Casil. (*Vivamente.*) Primito, otro poco de chocolate, para que este no se enfrie... (*Tiémblale la mano.*) Toma, toma... échalo tú, Casimira.

Car. (*A Casimira, que le está echando el chocolate.*) Basta, basta.

Casil. (*Presentándole el azucarero.*) Aqui está el azúcar.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS. DON PONCIANO.

Ponc. (*Antes de entrar.*) Casimira...! (*Abre la puerta y se presenta.*)

Casim. (*Dejando caer la chocolatera sobre la mesa.*) Ay! el dulcísimo nombre de Jesus!

Ponc. (*Desde el fondo.*) Hola! hola! está comiendo...!

Car. (*Levantándose, y saliéndole al encuentro.*) Querido tio, todavía no he visto á usted hoy por la mañana, y...

Ponc. (*Poniéndose entre él y la mesa para ver lo que hay en ella.*) Buenos dias. Sobrino, buenos dias. (*A Casilda, que se pone delante de la mesa como para ocultársela.*) Tú por aqui, encanto mio; á Dios, mi tesoro, mi único tesoro... ven á darme un abrazo... (*Viendo á Casimira que se lleva la chocolatera.*) Qué es eso...? qué llevas tú ahí...?

Car. Cuál... eso, tio...? escelente chocolate que acabo de tomar, y por el que doy á usted mil gracias.

Ponc. Chocolate?

Casim. (*Entre Casilda y don Ponciano.*) Señor amo...

Ponc. Chocolate...! á qué viene eso...? (*Viendo el azucarero sobre la mesa.*) Y azúcar! tambien azúcar!

Casim. Psi! no habia nada para el desayuno. (*Carlos se ha sentado á la derecha del teatro.*)

Ponc. Qué necesidad hay de esas cosas...? en ofreciéndolo con buena voluntad, una taza de leche... un

poco de queso... es suficiente en el campo: (*A Carlos.*) no es verdad? (*A Casimira.*) Quién ha dispuesto... (*Va á dejar el sombrero en el fondo sobre una silla.*)

Casim. Es que...

Ponc. Vamos... responde, que no eres torpe de lengua.

Casim. Señor...

Ponc. Acaba!

Casil. (*Adelantándose con firmeza.*) Yo, padre mio.

Ponc. Ah! con que has sido tú?

Car. (*Aparte, manifestando la mayor estrañeza.*) Qué significa toda esta pantomima!

Ponc. (*Afectando indiferencia.*) Tú...! muy bien... perfectamente! yo no me incomodo... chocolate...! pero estoy en que no lo habia en casa...

Casil. Es cierto, padre... yo he mandado á Casimira que lo compre.

Ponc. Ah! tú has enviado por ello... (*Como antes.*) Bien, bien... mas, con qué dinero...? Facil es ir por chocolate; pero debe pagarse al contado... (*Mirando con sonrisa á Carlos.*) no es esto...? debe pagarse; tal es el estilo del pais... y vosotras no teneis dinero.

Casil. Yo tengo algun oro.

Ponc. Con que has malgastado...! serias capaz de haber cambiado mis onzas?

Casil. Como usted me las dió...

Ponc. Para guardarlas. Se entiende.

Car. (*Aparte.*) Maldito si puedo creer lo que estoy viendo.

ESCENA IX.

LOS MISMOS. ISIDORO.

Isid. Aqui vienen... aqui los traigo: calentitos!

Ponc. Hem! qué tenemos?

Casim. Esta es otra. Ya escampa..

Isid. Chi...! Señor don Ponciano... unos bizcochos.

Ponc. Bizcochos!

Casil. Tambien se ha de enterar de eso...!

Isid. La señorita Casilda me ha enviado á comprar...

Ponc. Pero con qué dinero?

Isid. Los traigo fiados.
Ponc. Y quién los ha de pagar...? tú...?
Isid. Yo.
Car. (*Levantándose, y yendo hácia don Ponciano.*) No, señor tio; sino yo... asi está tratado... he pedido este desayuno... con condicion de pagarle de mi bolsillo... es muy justo, no permitiré otra cosa!
Casil. Mi primo!
Ponc. Ya! eso varía de especie... haberlo dicho desde un principio... Franqueza, hijo mio...! aqui estás como en tu casa... yo no me ofendo. Ya que tienes humos de señor y quieres regalarte el paladar, cómete tu hacienda... eres muy dueño, mientras te dure... (*Aparte.*) Y luego se espantarán de que semejantes dilapidaciones arruinen las casas. (*En alta voz.*) Casimira, mi almuerzo!
Casim. Señor amo, ahí ha quedado un sorbo de chocolate... si usted lo quiere... (*Bajo.*) El sobrino paga.
Ponc. Ah! con que ha sobrado...! bueno. Guárdalo para mi niña... Para mí, pan y manteca... es lo que mas me gusta. (*Casimira le alarga el pan. Don Ponciano parte una rebanada y la unta con manteca.*)
Car. (*Aparte.*) Vaya un tio que Dios me ha dado... (*Mirando á Casilda.*) Pero ella... es un angel...!
Ponc. (*Mirando á la mesa.*) Un mantel...! un sillon! Esto es un escándalo...! (*Viendo á Isidoro comiéndose un bizcocho.*) Qué estás haciendo tú?
Isid. Qué diantre! ya estan pagados!
Car. (*Sacando una doblilla de cuatro duros.*) Toma, Casimira... páguese mi deuda.
Casim. (*Examinándola.*) Una moneda de oro !!
Ponc. (*Que estaba junto á la mesa, volviéndose.*) Oro?
Casim. Bah...! En mi vida juntaré dinero para dar á usted la vuelta.
Ponc. (*Con viveza y alargando la mano.*) Venga acá. Yo tengo: cambiaré.
Car. (*Deteniéndole.*) No, tio, de ningun modo; no corre prisa... voy á retirarme en este momento... quiero escribir á papá.
Ponc. Ah...! á tu padre...? (*Aparte.*) Pobre muchacho!
Casil. Primito, aqui tiene usted su tintero.
Car. (*Yendo á recoger su neceser de encima de la mesa á*

la derecha, y abriéndole.) Aha! efectivamente... en mi neceser.

Casil. Qué bonito es!

Car. Le gusta á usted primita...? me alegro. Ruego á usted que le acepte... como prenda de la mas sincera amistad.

Casil. Gracias... gracias...

Isid. (*Aparte.*) Regalitos...! esto es hecho.

Car. Usted me hace un desprecio.

Ponc. Bah...! no. Vamos, Casilda... sin rodeos... no hagas tal desaire á este jóven.

Casil. Padre...

Ponc. (*Entre Carlos y Casilda tomando el neceser.*) Vaya... ella lo admite... (*Abriéndole.*) Es de oro...! no, de plata sobredorada... (*Dándosele á Casilda.*) Ciérrale bien... y guárdale con esmero.

Casil. (*Con espresion.*) Oh! sí...

Ponc. (*Tomándole la cara.*) Pobre chiquilla... te gusta mucho, eh...? pues señor... no quiero que pague su desayuno... á mi cargo queda... por hoy no le ha de costar un cuarto. Casimira, dame ese ochentin, y le devolveré cuatro duros en plata.

Car. Tio... déjese usted de eso...

Ponc. Cómo que lo deje...! esa es la cuenta. Cuanto mas amigos mas...

Car. Sí, sí, pero... se figura usted que estoy esperando la vuelta... guárdalo, Casimira, guárdalo... ya que me sirves, quédate con lo que sobre.

Casim. Para mí?

Ponc. (*Aterrado.*) Para ella...!!!

Isid. (*Aparte.*) Pues... apenas tendrá dinero el hombre...!

Casim. Es posible...? veinte pesetas por haberle servido media hora, cuando mi amo no me da mas que cuarenta en todo el año... (*Bajo á don Ponciano.*) Le parece á usted que las tome?

Ponc. (*Bajo á Casimira.*) Psi! ya que te las da ese imbécil...

Casim. (*Bajo.*) Qué corazon tan noble!

Ponc. (*Bajo.*) Pues eso quiere decir... (*Alto á Carlos.*) Escucha, hijo mio, un consejo... mira... si de esta manera arrojas todo lo que tienes, nunca verás tus manos colmadas.

Car. Déjese usted de eso, tio... el dinero es redondo, y se ha hecho para rodar.

Ponc. Al contrario. Es plano para que los hombres le vayan apilando.

ESCENA X.

CARLOS. DON SABAS. DON PONCIANO. CASILDA. CASIMIRA. ISIDORO.

Sabas. (*Al entrar.*) Apilando! eh?

Car. (*Aparte.*) Aqui está el espantajo de ayer noche.

Sabas. No hay que preguntar quién es el que lo dice... Don Ponciano sin duda.

Ponc. Ah! ah! don Sabas...! lo que yo digo... siempre con sus parrafillos de moral.

Car. (*Aparte.*) Buena traza tiene el moralista.

Isid. (*Se acerca á don Sabas y le dice muy bajito*) Aqui hay trampa!

Sabas. (*A Carlos.*) Salud al jóven viajero... yo soy el de ayer noche... el tio de mi sobrino.

Car. (*Placentero.*) Sí... ya estoy... me alegro... él me ha dicho que era el sobrino de su tio. (*Casimira coge todo lo que habia en la mesa y lo lleva á la cocina.*)

Sabas. (*A Casilda, que está pensativa.*) A Dios, Casilda... Jesus! qué tristeza...!

Casil. (*Volviendo en sí.*) Ah! padrino...!

Ponc. Triste! tú, hija mia...? Cómo...? qué es lo que tienes...? estás mala, disgustada...

Casil. Nada de eso.

Ponc. Yo quiero que estés contenta... que seas feliz... vé á distraerte, anda... lleva de comer á tus pollitos; con eso te esplayarás... pero cuidado con darles pan... unas granzas. Vaya, con Dios! No debe desperdiciarse lo que el Señor nos da. Hay tantos infelices que carecen de ello, hija mia...

Car. (*Aparte.*) Qué hombre tan estravagante! Si no fuera por mi prima, cómo me habia de divertir...!

Ponc. Quisiera que ustedes nos dejasen solos... tengo que hablar largamente con el señor don Sabas... (*A Carlos.*) Hijo mio, ya nos veremos: luego... tambien tenemos que hablar. (*Don Sabas é Isidoro pasan á la izquierda del teatro.*)

Casil. (*Acercándose.*) Ah!

Car. De la carta de mi padre...

Ponc. De su carta, sí, sí. (*Aparte.*) No sé cómo participarle semejante desgracia!

Casil. (*Que le ha oido.*) Semejante desgracia...! padre mio, dice usted...

Ponc. Yo no he dicho nada.

Casil. (*Temblando.*) Sí tal... sí tal...

Isid. (*A don Sabas.*) No hay duda... es un novio!

Sabas. Chito! ya veremos.

Carlos. (*En el fondo.*) Heh! don Isidoro...! dentro de media hora soy con usted para ir á esa partida de pesca.

Sabas. A la orden, caballero.

Isid. Yo! (*Aparte.*) Qué le parece á usted tio? (*Carlos sube por la escalera que conduce al piso alto; Casilda vase al patio; y Casimira, que acaba de quitar la mesa, vuelve á la cocina. Isidoro sale el último por la puerta del patio*)

ESCENA XI.

DON PONCIANO. DON SABAS.

Ponc. (*Aparte, viendo salir á Carlos*) Preciso será decírselo...

Sabas. (*Aparte.*) Quiero saber por todos los medios posibles...

Ponc. Siéntese usted, compadre... (*Don Sabas se sienta*) vamos... hay algo de nuevo?

Sabas. Y tanto...! la llegada de su sobrino de usted ha revuelto á todo el lugar... nadie sabe la causa de su venida... cada uno echa sus cálculos... (*Observándole.*) no falta quien dice que viene á casarse con su prima... esto anda muy válido en el pueblo.

Ponc. Y quién les mete en eso...? (*Va al fondo, toma una silla, y la pone junto á la mesa.*) Bien pudiera el pueblo ocuparse en sus negocios... y nosotros tambien. (*Siéntase á la izquierda de don Sabas.*) Cómo estamos?

Sabas. Negocio hecho.

Ponc. Hombre!

Sabas. Poco le falta.

Ponc. Cuando os dije que se meteria de patitas... se sostiene en los cincuenta mil reales?

Sabas. Asi me lo escribió esta mañana desde Talavera.

Ponc. Vaya...! puede pasar... es una finca que vale seis mil duros como un ochavo.

Sabas. Hé ahí la razon por qué yo he procurado cerrar cuanto antes el trato... si se le hubiera quitado la gana de vender...

Ponc. A quien, á él...? seguro estaba... ya conoce usted á su mayordomo... á ese sirviente antiguo que le ha criado y que lloraba solo al pensar en la tal enagenacion... ya le habia yo hablado con franqueza, participando de su afliccion sinceramente... (*Inclinándose á don Sabas.*) Un militar... con deudas... con acreedores causados de dar respiro... su casa arruinada, sin metálico sonante. Vamos, el hombre era mio.

Sabas Uif...! y no me habia usted confiado...

Ponc. Era inútil... antes bien hubiera servido de estorbo... no habria usted desempeñado tan naturalmente su papel.

Sabas. Este don Ponciano... es mucha cabeza!

Ponc. (*Frotándose las manos.*) Hem...! treinta años hace que en la ribera me llaman el pobre don Ponciano... El angelito se burla de ellos... no lo conocen... eso es lo que mas me divierte.

Sabas. Yo lo creo. Pero usted es millonario... no faltará quien trate de atrapar el bolsillo... (*Recalcando las espresiones.*) Aficionados á los patacones los hay hasta en el mismo Madrid... el sobrino, por ejemplo, que se ha empeñado en hacer de usted nada menos que un suegro...

Ponc. Dale...! déjeme usted en paz! A nuestro negocio Estábamos diciendo...

Sabas. Que mi sobrino Isidoro saldrá esta noche para Talavera, que es donde ha de hacerse la escritura... y para no perder el tiempo buscaremos caballos, por lo que sea.

Ponc. Caballos! usted sabe lo que eso cuesta?

Sabas. Y qué importa? no se ganan al pie de setenta mil reales...? ademas de que urge el negocio... aqui vendrán á cobrar el dinero.

Ponc. El dinero! Lo buscaré... porque no lo tengo...

(*Movimiento de don Sabas.*) Formalmente... no tengo ni un cuarto.

Sabas. Por el pronto habrá que desembolsar los primeros gastos de escribanía en el acto.

Ponc. En el acto...? á qué viene esa prisa...! esto es ahogarle á uno...! y cuánto vendrán á importar esos gastos?

Sabas. (*Presentándole un papel.*) Ahí va la minuta.

Ponc. (*Repasándola.*) Cuidado con la receta! es un dolor el ser propietario...! usted me ha sonsacado, metiéndome en un negocio que... en fin, supuesto que no hay remedio... (*Sacando una cartera del bolsillo del pecho.*) A ver... Esta madrugada vendí un poco de vino... (*Enseñando algunos billetes de Banco.*) Un billete de Banco! no tiene mala cara el papelillo... El recibo supongo que estará...

Sabas. Al pie de la minuta.

Ponc. (*Mirándolo con viveza.*) Ah! sí... á pesar de que entre nosotros... (*Le da los billetes de Banco.*) Estamos corrientes.

Sabas. Faltan... 321 rs., 15 mrs.

Ponc. (*Levantándose y hurgando en el bolsillo de los calzones.*) Allá van los quince maravedises.

Sabas. Y lo restante?

Ponc. (*Hurgando en el otro bolsillo.*) Tome usted el real.

Sabas. Se me deben 320 rs.

Ponc. (*Registrando un bolsillo del chaleco.*) Aqui estan los veinte reales. (*Le da cinco pesetas.*)

Sabas. Y los 300 rs.?

Ponc. (*Con desesperacion.*) Ya no tengo mas que oro.

Sabas. Bien... lo mismo me da.

Ponc. Sí, pero á mí... (*Aparte.*) Ha tomado en el dia mucho valor!

Sabas. Qué diablos! Un hombre de conducta... un hombre que conoce el empleo de los capitales, es muy estraño que se resuelva á estancar en su casa el numerario, pudiendo hacerle redituar...

Ponc. (*Que ha vuelto á sentarse.*) Bien lo conozco... mas sin embargo, el ver las monedas... tocarlas...! qué quiere usted...? es mi único gasto!

Sabas. (*Con intencion.*) Me figuro que si el sobrino de usted trata de ser su yerno, no será para contentarse

con ese solo gasto... y puede ser que desde el dia de su boda empiece una...

Ponc. Quién habla de boda?

Sabas. No ha escrito su padre pidiéndole á usted su hija...? Oh! lo que es él es rico!

Ponc. Su padre... eh! bueno, sí... tome usted y lea mientras yo voy á contar. (*Saca una carta y se la da á don Sabas.*) Y no me vuelva usted á moler.

Sabas. (*Levantándose y pasando á la derecha del teatro.*) La carta de anoche...! Veamos si dice algo de casamiento. (*Lee.*) Pero... qué es lo que veo!

Ponc. (*Contando el oro sobre la mesa.*) Todas nuevecitas!

Sabas. (*Dando un grito.*) Infeliz... oh cielos...! la muerte!

ESCENA XII.

LOS MISMOS. CASILDA *entrando cuando se pronuncia la última palabra.*

Casil. La muerte...! la muerte de quién?

Sabas. Tal vez en este momento su tio de usted...

Casil. Mi tio! ah! deme usted... (*Coge la carta que tiene don Sabas.*) Mi tio... (*Se oye tararear.*)

Ponc. Pobre muchacho!

Sabas. Es don Carlos.

Ponc. Silencio! al menos... hasta la noche...

Casil. (*Acaba de leer.*) Dios mio! (*Deja caer la carta.*)

ESCENA XIII.

DON SABAS. CASILDA. CARLOS, *de frac, tarareando.* DON PONCIANO.

Car. (*Entra tarareando.*) "Atesorar es locura." "Gocemos de la riqueza..."

Ponc. Cómo...! qué es lo que viene cantando?

Car. "Atesorar es locura..." Ah! perdonen ustedes... hay alguno á quien enviar al correo?

Ponc. Es muy tarde... ya pasó la hora... (*Aparte.*) Locura!

Car. Por vida de... me desesperan estas cosas. Despues de haberme dado tanta prisa á escribir mis cartas...

(*Viendo la que Casilda dejó caer.*) A propósito de cartas; aqui hay una que anda rodando por los suelos... (*Va á recogerla.*)

Sabas. Esa carta...

Casil. (*Recogiéndola con viveza.*) Ah...! es mia.

Car. (*Mirando á Casilda.*) Sí... pero... esa palidez... primita, está usted abatida.

Casil. Yo!

Car. No cabe duda.

Sabas. (*Aparte.*) No tengo una gota de sangre en las venas.

Car. (*A media voz á Casilda.*) Sí, usted ha llorado, mi querida Casilda... qué tieue usted...? pronuncie usted una palabra, una tan solo... escribiré á mi padre... vendrá al instante... cuente usted con él... es tan bueno!

Casil. Su padre de usted! (*Aparte.*) Cuánto me hace padecer!

Ponc. (*Que se ha puesto cerca de don Sabas.*) Tome usted; (*Despues de mirarlo muy despacio.*) no tengo mas que doscientos reales en oro... mas tarde completaré la suma.

Sabas. Como usted guste.

Ponc. (*A Carlos.*) Qué estás haciendo, hijo mio?

Car. Procuro consolar á mi prima... me oculta sus lágrimas... que mi padre tendria un placer en enjugar á costa de su fortuna... sí, tio mio, á costa de cuanto tiene... y si necesario fuese para la felicidad de Casilda...

Ponc. Lo agradezco, querido... ya ves... es preciso guardar lo que uno tiene... somos unos pobres; pero... vamos pasando.

Sabas. (*Aparte.*) Pobre millonario..! Bah!

Car. Don Isidoro me estará esperando con sus cañas de pescar y sus anzuelos. (*Aparte.*). Algun amorío, no hay duda; esa carta...

Ponc. Calla... con que te gusta la pesca?

Car. Por pasar el tiempo...

Ponc. Bueno! vete á pescar... vete á divertir... aun puedes aprovechar una hora. Ireis al molino, no es esto? Casilda va á enseñarte el camino... (*A Casilda.*) Anda, pimpollo, anda...

Casil. Yo...! sí, padre mio... (*Aparte.*) Oh...! él le salvará.

Sabas. Escribiremos al vendedor que los cincuenta mil reales... (*Casilda, que salia con Carlos, se detiene y vuelve al oir las últimas palabras.*)

Ponc. (*Interrumpe á don Sabas, y le impide continuar.*) Hum! (*A Casilda.*) Anda, hija mia.

Sabas. Yo voy á que traigan el carruage y á prepararlo todo para la marcha de mi sobrino.

ESCENA XIV.

DON PONCIANO, *solo.*

"Atesorar es locura...!" Eso es lo que su padre le ha enseñado... pobre diablo...! (*Lleva la mesa al fondo del teatro.*) Toma... y el bueno de don Sabas que me deja mi oro y su recibo... hay sugetos que no tienen sentido comun... (*Vuelve al primer término de la escena.*) Aunque... es muy pua mi compadre... Me anda catequizando: se le figura que no conozco sus marrullerías. Él aspira á mi hija y á mis escudos para su sobrino: no importa... que aspire...! yo le daré cuerda... A qué fin privarle de un gusto que nada me cuesta? con eso me sirve mejor y me lleva mas barato. Miren el bobalicon...! mi hija á su sobrino...! Ella será rica despues de mi fallecimiento, y en su mano estará el lucirlo, el rivalizar con los mas estirados de la provincia, tener coche como ellos, y caballos... cuatro si la da la gana: es decir... tres; uno de remuda por si otro cae malo. Aunque si los tiene bien traidos, con dos puede pasar. Y... conforme! porque siempre hay uno marrajote que se deja llevar del otro... basta con mantener al que trabaja. Yo se lo aconsejaré al morir: felizmente por ahora no me corre prisa. (*Saca y examina maquinalmente el oro que se metió en el bolsillo.*) Aun he de ver cómo se acrecienta mi caudal. Qué suerte tiene el tal vendedor...! él no me da mas que tierra... y yo le doy oro en cambio... seguramente que su tierra es barata... pero tanto dinero! (*Mirando á la escalera.*) Mis pobres amarillas... tan bien formadas, apiladas con tanto pri-

mor... me abandonarán... alli, alli descansan! (*Señalando á la puertecilla de debajo de la escalera.*) Quisiera verlas un momento... (*Va á la puerta de la cocina y la cierra.*) Estoy solo... marchemos á gozar del único placer de la vida! (*Se dirige al sitio indicado.*)

ESCENA XV.

CASILDA. DON PONCIANO.

Casil. (*Entrando por la puerta del patio, y mirando hácia fuera.*) Ya partió!

Ponc. (*Junto á la escalera.*) El corazon se me salta.

Casil. Ah! No puedo sostenerme.

Ponc. (*Volviéndose.*) Hola! quién está ahí...? quién me atisba?

Casil. Padre mio!

Ponc. Qué es eso, Casilda, qué tienes? Tú lloras...! (*Casilda le enseña la carta de su tio.*) Esa carta... ya caigo... la has leido...?

Casil. Sí señor... y creí morir de pesar; pero usted... usted...

Ponc. Tambien yo la he leido.

Casil. Oh! no... no... (*Leyendo.*) "En nombre de mi digna hermana, te recomiendo lo que mas quiero en el mundo."

Ponc. Su hijo: ya lo sé

Casil. "Se han agotado mis recursos... vendido, engañado... voy á presentarme en quiebra... no quiero sobrevivir á mi ignominia... Mañana... mañana, Carlos ya no tendrá padre...!"

Ponc. Ya... ya lo sé.

Casil. Mañana...! repare usted que hoy es el dia!

Ponc. Sí... ya lo sé.

Casil. Con que usted sabe.... desde ayer... y permanece tranquilo, frio, insensible... ah...! no... no ha leido usted esta carta fatal... no, padre mio, no la ha leido usted.

Ponc. Sí, muger... pero qué quieres tú que yo le haga?

Casil. Que qué es lo que yo quiero! mas... ayer... esta noche... era preciso haber acudido á salvarle... aun era tiempo!

Ponc. Tienes razon! pues mira... no caí yo en semejante cosa.

Casil. Hoy... en este momento... quién sabe...? no está perdida la esperanza... corriendo, padre mio...! es preciso enviar... es indispensable que vaya usted mismo...

Ponc. Qué locura! ya no es tiempo.

Casil. No importa... por si acaso... á salvarle, á salvarle!

Ponc. (*Sosteniéndola en sus brazos.*) Cabalmente! como si uno estuviera sobrado. Segun eso no has leido cuánto debe: cuando solo en el dia de ayer necesitaba cien mil ducados! Mira! (*Toma la carta y la señala esta frase.*)

Casil. Y qué importa?

Ponc. Que si importa...!

Casil. Todo lo que yo tengo... todo el dinero que usted me ha dado...

Ponc. Qué inocencia de criatura...! todo tu dinero! si no compone seis mil reales!

Casil. Virgen Santísima! yo soy una pobre niña sin esperiencia... yo no sé...

Ponc. Ea! sosiégate. Ya te impondré yo de todo; y si tienes curiosidad de saber mis negocios... algun dia los sabrás. Mas adelante: cuando sea yo muy viejo; pero mucho...!! Ah! tú necesitas que yo viva aún un sin fin de años.

Casil. Oh! sí: indudablemente. Y por lo mismo... él tambien... Carlos necesita á su padre... si yo estuviera en su caso... si á usted le sucediese igual desgracia...!

Ponc. (*Sonriéndose.*) A mí...? no haya miedo. Soy yo muy lagarto...! y por cien mil ducados...! no me ahogo yo en tan pequeño charco...

Casil. (*Vivamente.*) Tiene usted mas...? con que puede usted salvarle...? Sí, sí; usted, padre mio, dicen que es usted tan rico, que tiene usted tanto dinero!

Ponc. Quién ha dicho eso...? y á tí quién te mete en camisa de once varas?

Casil. Yo bien sé...

Ponc. (*Poniéndola una mano en la boca.*) No señor... eso no es cierto... tú no sabes una jota... nada has visto...

Casil. Padre mio!

Ponc. Yo no tengo sino tierras... labranzas... para arruinarme...!! Ademas... si uno tuviera cien mil escudos, es una suposicion, habia de regalárselos á todos los que no los tuviesen?

Casil. Pero todos no son hermanos.

Ponc. Hermanos...! Vaya, vaya! Él lo era de mi muger, y desde que ella murió...

Casil. Ah! aun existe en mi desgraciado primo...! sus mismas facciones... sus ojos, su alma... sin duda usted no le reparó, alli... cuando me djo: "Mi padre haria la felicidad de usted á costa de toda su fortuna." (*Don Ponciano se encoge de hombros.*) Asi lo dijo... y yo lo creo... que si él no es hermano de usted, á lo menos es mi tio.

Ponc. A mí nada me pide.

Casil. No: mas á mí me dice el corazon que al confiarle su desventura, contaba con usted; esperaba... Ah! Señor! en nombre de mi madre... escuchad... si no os podeis resolver á darle esa cantidad... yo encuentro un medio... prestádsela... (*Movimiento de don Ponciano.*) un préstamo...!

Ponc. Y sobre qué?

Casil. Él lo pagará, trabajará para reintegrarnos. Carlos tambien... le será tan dulce trabajar por su buen padre...!

Ponc. Buen padre! un pródigo, un vanidoso...! Le conozco bien á fondo. Hace diez años que le vi en Madrid, en su magnífica casa, con alfombras, espejos, oro arrojado por do quier, que estremecia el verlo. Cómo se entiende...! "Hermano, le decia yo, vive usted muy de prisa... los caballos, los bailes, las comidas, todo cuesta un sentido: asi se pierden las casas...!" Pero... brrrr...! siempre iba desempedrando las calles... mientras yo marchaba á pie, con mi casacon y mis zapatos de dos costuras; y porque echaba mis cuentas, y guardaba un método cristiano... sabes cómo me llamaba...? Avaro...!

Casil. Ah!

Ponc. Avaro á mí!

Casil. Eso debe olvidarse.

Ponc. Avaro...! es un improperio que nunca se le perdonaré... Avaro...! Él ha arrojado el bodegon por la

ventana: ha querido brillar, echarla de grande... y por remate de fiesta...

Casil. Piedad...! de rodillas la pido para él. (*Se arroja á sus pies.*)

Ponc. Vamos, vamos, levántate.

Casil. No... hasta que vea á mi padre enternecido... y si no puedo conseguirlo... si usted es insensible... iré, buscaré, llamaré á todo el mundo para que vuele á su socorro.

Ponc. Has perdido el seso...!

Casil. Si muere el padre de Carlos, yo moriré tambien!!

Ponc. Tú...! hija de mi alma... consuelo mio...! (*Estréchala en sus brazos.*)

ESCENA XVI.

LOS MISMOS. DON SABAS.

Sabas. (*Desde afuera.*) Juan... los caballos junto á la puerta de los carros... (*A don Ponciano.*) El carruage está pronto: he avisado á mi sobrino que estaba con el vuestro á orillas del rio. Ya vienen: pobre mozo...! cada vez que se reía me traspasaba el corazon.

Casil. Ah! sí... usted le tiene lástima por la desesperacion que le aguarda...!

Ponc. Muchacha! no te aflijas mas...! le niego yo por ventura mi amistad...? Le he recogido en mi casa... en ella come y bebe sin que nadie le pida un cuarto. Yo le consolaré... en una palabra, todo cuanto en la carta se exige de mí...

Sabas. Asi debe ser... porque el pobrecillo los aprecia á ustedes mucho. Hace un instante que nos decia...

Ponc. (*Interrumpiéndole.*) Vamos, compadre... tendrá usted algo que comunicarme.

Sabas. Sí por cierto: que le digo al vendedor? que usted tiene los cincuenta mil...? (*Don Ponciano con viveza interrumpiéndole.*) Pase usted... sin cumplimiento... á mi gabinete... (*Van juntos al gabinete, don Sabas el primero, don Ponciano despues.*)

Casil. (*Deteniendo á su padre y á media voz.*) Padre! padre mio...! con que usted no se resuelve...

Ponc. Déjame, hermosa... estoy de prisa.

Casil. No quiere usted?

Ponc. Ya no es tiempo... déjame... se trata de negocios formales. (*A don Sabas con impaciencia.*) Vamos, papanatas! adentro... (*Don Sabas entra en el gabinete.*)

Casil. (*Deteniendo todavía á su padre.*) Va usted á pagar por él?

Ponc. Quítate! no digas disparates. (*Al entrar.*)

Casil. Padre mio!!

Ponc. De ningun modo. (*Entra en el gabinete y cierra la puerta: Casilda se queda acongojada, y despues de un instante de recogimiento se levanta como poseida de una idea: mira hácia la puertecilla oculta, da algunos pasos en aquella direccion. Se detiene.*)

Car. (*Por fuera, parándose en la puerta y volviendo la espalda.*) Pase usted adelante, entre usted... (*Riéndose.*) Ah! ah! ah! (*Casilda da un grito, y vase debajo de la escalera.*)

ESCENA XVII.

CARLOS. ISIDORO.

(*Va oscureciendo gradualmente.*)

Car. (*Entrando.*) Venga usted acá... vendrá usted cansado con el peso de la pesca? Ah! ah! ah!

Isid. Sí, valiente pesca... dos barbos.

Car. En tres horas: pobre don Isidoro!

Isid. No importa: estoy contento... he tenido una conversacion con usted que...

Car. Descuide usted... que yo no vengo á hacerle mal tercio en sus amores. Aunque... aqui para entre los dos... mi primita se lo merece: siento hácia ella un interes...

Isid. Ay, Dios mio...! si vendrá esto á parar en...

Car. En amor? No lo creo. Para que usted se tranquilice del todo, lea usted ese sobre. (*Enséñale una carta.*)

Isid. (*Leyendo.*) "A la señorita doña Elisa Gallardo."

Car. La hija de un consejero, nada menos... y cuando

yo la escribo sin ningun misterio desde esta casa...

Isid. Lo entiendo. (*Oprimiéndole la mano.*) Amigo mio, es usted muy hombre de bien. Caramba! y mediando todo eso, por qué su padre de usted le ha enviado por acá?

Car. Por qué? No lo sé por mas que hago. Sin embargo, me lo presumo. Sin duda querrá que yo aprenda á apreciar el dinero, porque hasta ahora no entiendo cosa mayor de la materia. De todos modos bien puede usted pedir mi prima á su padre.

Isid. Asi lo haré, dentro de quince dias, en pasando su cumple años. Mi tio lleva en esto sus miras. Dico que entonces hay manera de obtener el consentimiento del viejo. Yo no hago caso, ni lo creo; pero lo mismo me da. De hoy en adelante no me separo de ella, es decir... lo que es ahora salgo para Talavera.

Car. Hombre! me viene grandemente... sale usted esta noche? pues echará usted mis cartas en el primer correo.

Isid. De muy buena gana.

Car. Espere usted... voy á cerrarlas al intante... alli en el despacho de mi tio... (*Va hácia el gabinete de don Ponciano.*) y si está él me dirá qué es lo que mi padre le escribe.

Isid. Muy bien...! no tarde usted.

Car. Vuelvo. (*Volviendo.*) Y dígame usted... es usted correspondido de mi prima?

Isid. Asi lo supongo... de fijo no lo sé.

Car. (*Rie.*) Ah! ah! (*Aparte.*) Pobre muchacho...! (*Entra en el gabinete de don Ponciano.*)

ESCENA XVIII.

ISIDORO. *En seguida* CASILDA. *Poco despues* DON PONCIANO.

Isid. (*Solo.*) Y yo que me recelaba de él...! he sido muy injusto...

Casil. (*Pálida, desolada, y sosteniéndose con dificultad.*) Oh! no puedo mas... yo muero... oh madre mia...! dadme fuerzas.

Isid. Ella me preferirá... no verá otro á su lado...

Casil. Pero dónde iré...? á quién podré confiarme...? á quién...?

Isid. Hem...! quién está aqui?

Casil. Esta voz... Isidoro!

Isid. Señorita Casilda!

Casil. Silencio...! Está usted solo...! y Carlos?

Isid. Su primo de usted...? oh! si usted supiera... es el jóven mas completo... daria mi vida por él.

Casil. Por él...? (*Aparte.*) Oh madre mia...! yo te doy las gracias...! (*Alto.*) Por él... y por mí...? usted me lo tiene dicho... Pues bien! si es cierto... ahí está el carruage... (*Señalando al patio.*)

Isid. Dios mio! Señorita... (*La coge una mano.*) qué tiene usted? esta mano ardiente... ese temblor...

Ponc. (*Fuera.*) Sí, quédate ahí, hijo mio... te va á contar el caso.

Casil. (*A Isidoro.*) Pronto, venga usted!

Isid. (*Aparte á Casilda.*) Es que voy á Talavera.

Casil. (*Con voz ahogada.*) No, no... á Madrid...! (*Ella se le lleva. Salen juntos por la puerta de la escalera.*)

Ponc. (*En la escalera.*) Mejor es asi: yo nunca le hubiera hecho esa confidencia: me sería muy sensible: no me atrevo... Casimira...! Casimira...!

Casim. (*Respondiendo desde la cocina.*) Señor...!

Ponc. Aqui no se ve gota; una luz...! (*Sacando un papel y un lapicero del bolsillo.*) Voy á ajustar la cuenta; luego la borraré para que nadie... Don Sabas me dice que el oro está á veinte y ocho reales y catorce maravedís el millar... esto va á importar un ojo de la cara.

Casim. (*Trayendo la luz.*) Alabado sea el Santísimo Sacramento...!

Car. (*En el gabinete de don Ponciano dando voces.*) No, no, dejadme... Ah! padre mio...!!!

Casim. Ay, señor amo...! oye usted?

Car. (*Lo mismo.*) Dejadme!!

Ponc. Pobre muchacho...! ya lo sabe todo!!

Casim. Es don Carlos!

ESCENA XIX.

DON PONCIANO. CASIMIRA. CARLOS. DON SABAS. *En seguida* CASILDA.

Car. (*Precipitándose lloroso.*) Padre mio...! padre mio!
Sabas. (*Siguiéndole.*) Pero mi amigo... escuche usted...
Car. (*Corriendo hácia don Ponciano.*) Tio, usted sabia... Ah! esa carta horrorosa... quiero verla... ah! venga esa carta!
Ponc. Vamos, vamos, ánimo!
Casim. Gran Dios!
Car. (*Abriendo la carta.*) Mi buen padre...! (*Recorre las primeras lineas y cae en los brazos de don Sabas.*) Oh!
Sabas. Desmayado...! ea, pronto, una silla!
Ponc. Casimira!
Casim. Aqui está la silla. (*Mientras que colocan á Carlos en una silla, Casilda vuelve á entrar apoyándose en la pared.*)
Ponc. Despacio! Con tiento...!! (*Oyese rodar un carruage.*)
Sabas. Un carruage que sale.
Ponc. (*Dejando bruscamente á su sobrino, y yendo á mirar por la puerta del patio.*) Es el de Isidoro, que marcha.
Casil. (*Que se halla detras de Carlos, aparte.*) Se salvará!!! (*Don Ponciano está á la puerta y mira hácia fuera; Carlos sobre la silla, don Sabas á su derecha, Casilda á su izquierda, Casimira á su espalda.*)

Cae el telon.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion muy sencillamente amueblada en el piso principal. Al fondo una chimenea. La puerta á la derecha del actor es la de la escalera por donde se sube á la habitacion: la otra es la del despacho de don Ponciano. En el segundo término, á la derecha del actor, un balcon: á la izquierda la puerta de un dormitorio. Cerca de esta una mesa y encima una palmatoria, cuya vela, que está ardiendo, va casi á concluirse.

ESCENA PRIMERA.

CASIMIRA. CASILDA. CARLOS.

(*Al levantar el telon, Carlos apareee dormido en un sillon, cerca de la mesa: Casimira á la derecha del teatro sentada en una silla, reclina la cabeza sobre el pecho y se duerme. Casilda entra por la puerta de la escalera, y se adelanta poco á poco.*)

Casil. Casimira...! Casimira...! (*Muy bajo.*) Dios mio! Tambien está durmeindo!! Pobre Carlos...! (*Tocando á Casimira en las espaldas.*) Casimira...!

Casim. (*Levantándose con viveza.*) Hem! qué es eso?

Casil. (*Tapándola la boca.*) Chit! que le vas á despertar!

Casim. Ah, señorita...! tan pronto por aqui... cuando se acostó usted al amanecer!

Casil. Sí; tú tienes la culpa... cedí á tus súplicas: contaba con tu vigilancia... me he llevado chasco.

Casim. Tranquilícese usted... ha dormido muy bien. Pobre jóven...! buena falta le hacia el descanso!

Casil. Ah! Casimira, dime, cuando volvió en sí... qué escena tan terrible! qué desgracia la suya!

Casim. Si le hubiera usted visto, señorita, cómo forcejeaba, gritando en su delirio: "Caballos...! yo quiero marchar... Padre mio!!" Al fin se agotaron

sus fuerzas, y le transportamos á ese sillon, del que todavía no se ha meneado.

Casil. En cuanto despierte, tendrá necesidad de algun alimento... está tan débil! vé á mi cuarto... allí encontrarás flor de naranja en mi armario.

Casim. Esas hojas que huelen tan bien? Y su padre de usted...

Casil. (*Asustada.*) Mi padre...! se ha levantado temprano...?

Casim. Antes de salir el sol, señorita... bajó... á allá junto á la escalera, está usted...? pero... me vió, y zás... se volvió á zampar en la cama... sin tener el gusto de visitar su zurron.

Casil. Y despues?

Casim. Esta mañanita vino á buscarle un arrendatario... aun no ha tenido tiempo de dar vuelta. Siempre tardará en pasar revista en su escondrijo.

Casil. (*Con espresion.*) Ojalá... (*Dominándose.*) Vete de aqui antes que vuelva. (*Casimira se lleva la palmatoria, y entra en el despacho de don Ponciano.*)

ESCENA II.

CASILDA.

Estoy temblando...! tengo el corazon hecho pedazos! Padre mio...! ah! mas adelante tal vez se alegrará... sí, sí... por mi tio y por su hijo, mi pobre primo... (*Mirándole.*) Lo que Casimira me contó ahora poco me ha enternecido sobremanera... Primo querido! oh! sí... él es quien sostuvo mis fuerzas. Infeliz de mí...! bien lo necesitaba... cuando cogí la llave, se me figuró que tenia una ascua en mi mano... y luego... dentro de la alacena... yo no veía... estaba enagenada... y cuando la maleta que yo arrastraba con toda mi fuerza se enganchó en el clavo de la puerta... imaginé que mi padre me detenia: el estremecimiento dió conmigo en tierra. Por fin cobré valor... mi madre iba delante de mí... y con su vista ya no reparé en nada.

Car. (*En sueños*) Dejadme... dejadme!!

Casil. Qué es lo que dice...?

Car. Él es... quiero abrazarle, quiero... (*Despertando.*) Padre mio...! (*Pausa.*) Ah! dónde estoy?
Casil. Ya despierta.
Car. (*Reparando en ella.*) Casilda!
Casil. Carlos!
Car. Usted á mi lado! como un angel que vela sobre...
Casil. Cómo se siente usted?
Car. (*Ordenando sus ideas.*) No lo sé: muy turbado... agitadísimo... si usted supiera...! qué sueño tan espantoso!! mi padre habia perecido... ya no debia volverle á ver.
Casil. Un sueño...!
Car. Sí: y me arrastraban lejos de él... yo no podia... (*Casilda se vuelve, enjugando sus lágrimas. Carlos se levanta.*) Llora usted? (*Pausa.*) Oh! no... no... no era un sueño: todo es realidad... todo... ahora recuerdo aquella carta horrorosa... mi padre no existe!!
Casil. Primo mio, no pierda usted la esperanza.
Car. Y yo no he volado á salvarle! y me han detenido á la fuerza! qué barbarie!
Casil. Era indispensable... vuestro horrible delirio...! los gritos de desesperacion...! creí que perdiese usted la vida.
Car. Debian haberme reanimado... haberme obligado á marchar... Pero usted no me pondrá obstáculos... un caballo, un caballo...! á Madrid...! á salvar á mi padre, ó á morir en sus brazos!
Casil. Tranquilícese usted... puede haber llegado á tiempo... y si le ha salvado...?
Car. Salvado...! Ah! qué dice usted? le ha salvado...! quién?
Casil. Él... mi padre.
Car. Le ha enviado algun socorro?
Casil. Cuanto tenia.
Car. Será posible...! Tio del alma...! dónde está...? quiero verle... hacerle presente mi reconocimiento...
Casil. Oh! no, no... no le diga usted nada. No conviene decirle... (*Recobrándose.*) Ademas que no está en casa.
Car. Qué misterio es ese...? Yo me marcho...
Casil. Imposible...! de qué modo?
Car. No lo sé... mas no importa... estoy resuelto á mar-

char. (*Pasa por cerca del balcon, y lanza un grito.*) Ah...! un caballo...! alli!

Casil. Carlos! (*Carlos abre el balcon y se arroja al patio.*)

Casil. Dios mio!

Car. (*Desde afuera.*) Casilda! prima mia! á Dios! Jamas podré olvidarme de usted.

ESCENA III.

CASILDA. CASIMIRA.

Casil. Infeliz!

Casim. (*Entrando.*) Adónde va?

Casil. Casimira... quiere partir... quiere volar al lado de su padre.

Casim. Hace bien... pero... ya no es tiempo.

Casil. Ay! calla... no digas eso... (*Al balcon.*) Qué es lo que veo!

Casim. (*Mirando tambien.*) Mírele usted cómo se monta en la yegua. Si va á ese paso hasta Madrid...

Casil. Quién le ha facilitado ese caballo?

Casim. Si es la yegua del amo, que acaba de llegar.

Casil. Ha venido mi padre!

Casim. No tardará en entrar. (*Cierra el balcon.*)

Casil. Oh! no me presento á su vista... aunque me maten...! (*Va á salir por la puertecilla que hay á la izquierda de la chimenea.*)

Casim. Ya está aqui.

Casil. (*Deteniéndose.*) Cielos!

ESCENA IV.

CASIMIRA. DON PONCIANO. CASILDA.

Ponc. (*Entra por la puerta de la escalera. Trae el sombrero puesto y una capilla estrafalaria.*) ¿Qué es eso? Te vas, hija mia...? espérate... aun no te he visto hoy.

Casil. (*Con embarazo.*) Es que iba... queria...

Ponc. Y yo quiero que te quedes... Tú, Casimira, vé á llevar la yegua á la cuadra. (*Quitase la capa y el sombrero, y los pone en una silla del fondo.*)

Casim. El caso es que... (*Casilda la hace una seña.*)
Ponc. Vamos! cuál es el caso? qué tenemos...?
Casim. Voy corriendo, señor. (*Aparte.*) No seré yo quien le diga que le han quitado su yegua... (*Don Ponciano la mira.*) Ya voy!
Ponc. Acabáramos... (*Deteniéndola.*) Escucha... cuidado con echarla pienso... No... ya viene bien ancha. En una semana no sale ella del hartazo que se ha dado por esos campos de Dios.
Casim. Está muy bien: no comerá pienso. (*Vase.*)
Ponc. (*Mirando á la poltrona que está junto á la mesa.*) Calla! no está aqui tu primo! sin duda se ha acostado...? (*Casilda, temblando, baja la cabeza.*) Sí... Tanto mejor: eso será muy del caso. (*Agarra la poltrona por los brazos, y la lleva al fondo de la izquierda.*)
Casil. (*Aparte.*) Ah! qué miedo le tengo!
Ponc. Dame una silla. (*Acercándose á ella.*) Pero... qué es lo que tienes?
Casil. Yo, padre? nada. Si usted iba á descansar á su cuarto...
Ponc. Estoy bien aqui... te estoy viendo; hablo contigo: este es mi mejor descanso... Es tanto lo que te quiero...!! (*Siéntase en la silla que Casilda ha puesto en medio del teatro.*)
Casil. (*En pie á su izquierda.*) Y yo tambien, padre mio, le tengo á usted mucho cariño.
Ponc. Eres tan graciosa!
Casil. Y usted tan bueno!
Ponc. (*Llevándola hácia sí.*) Tú no darás nunca que sentir á tu padre?
Casil. (*Con voz comprimida.*) Jamas.
Ponc. (*Haciéndola sentar sobre sus rodillas.*) Sí por cierto... Vamos, vamos, que algunas veces bien me la juegas.
Casil. Yo?
Ponc. Sí: no te hagas la santita. Ayer justamente...
Casil. (*Asustada, quiere marcharse.*) Cuándo?
Ponc. Adónde vas...? estate aqui... (*La hace volverse á sentar en sus rodillas.*) No tiembles de ese modo... Pobre alhajita...! yo no me enfado... Bah! no tienes tú la culpa: sino eres bastante económica, si gastas

sin tino ni medida, es porque no sabes lo que vale el dinero... ni siquiera lo presumes. Si fuera tu madre, en hora buena: ella lo sabia; no hubiera tenido valor para gastar un cuarto sin darme parte... se privaba de todo por complacerme... era lo que se llama una muger en forma. Es preciso imitarla, hija mia; y ese oro...

Casil. Le gusta á usted mucho?

Ponc. Que si me gusta? Es mi deleite... mi vida... qué si le quiero...? como á tí misma. Considera tú... lo que se ama, se guarda preciosamente... de ello no se separa uno jamas...! Mi niña, por ejemplo, la quiero mucho para desprenderme de ella... para no echarla de menos... del mismo modo se debe amar el dinero: por verle, por manosearle, por tenerle bajo de llave...! para no apartarse de él sino con la muerte!!! (*Acaricia á Casilda.*)

Casil. Y si usted le perdiera?

Ponc. Ah! calla por Dios...! moriria sin remedio..! te quedarias sin padre. (*Movimiento de Casilda.*) Mira, te lo confieso, cuando hay que pagar una viña ó tierra, sea lo que quiera... en llegando la hora de entregar el importe, me parece que el corazon me quiere abandonar para siempre, y á trueque de guardarle daria... (*La mira y se detiene.*) Vaya! dejémonos de eso... no hay que pensar en ello, que no es ningun plato de gusto.

Casil. (*Mirándole con terror.*) Oh! tiene usted razon... yo no sabia... no podia figurarme... (*Aparte.*) Cómo me habia de haber atrevido á... (*Se levanta.*)

Ponc. Qué dices?

Casil. (*Cayendo de rodillas delante de su padre.*) Digo que debe ser tan halagüeño el hacer bien á los desdichados que nos rodean...

Ponc. Ten cuidado, que no tiene gracia que arrugues el vestido... ¿Te parece que no hago nada por los desgraciados? Al fin de la siega mis colonos los dejan espigar.

Casil. Sí, pero ellos nada tienen que ver con usted.

Ponc. Mis colonos para el caso son lo mismo que yo: y sobre todo, yo soy un buen sugeto, un amo escelente: nada de quijote... Almuerzo con el podador...

ceno con el gañan... á todos alargo la mano... y con tal que paguen bien... como esta mañana... (*Muy contento.*) he dado un avance esta mañana...!!

Casil. Ha cobrado usted?

Ponc. Un piquillo... y, como siempre, tienes en él tu parte... un dobloncejo. (*Saca del bolsillo un paquete y lo deshace.*) Antiguo... de buena ley... para ponerle con los otros en tu caja de ahorros... Toma...! toma!

Casil. Gracias, padre mio.

Ponc. (*Con la moneda de oro en la mano.*) Cómo estamos aqui...? serías capaz de hacer creer que no te alegra este ochentin... este hermoso ochentin... el poseerle como único dueño... el oirle sonar... (*Hácele sonar y échase á reir.*) Hem! ja! ja! ja! es una delicia: no es verdad? Riéte, riéte con alma... esto quita las canas... esto remoza... toma...! toma...! no será el último; pierde cuidado. Bien lo sabe todo el mundo... por eso cuando paso por algun corrillo, oigo murmurar á mi alrededor: "Ese vejete...? Es don Ponciano: puede traspalar en montones los pesos duros." Ello no es cierto..., pero voy á lo que dicen... yo me hago el desentendido...! y cátate que me saludan... que bajan los sombreros hasta el suelo...!! con especialidad los mozalvetes... como quien dice: no aciertas tú lo que significa eso?

Casil. (*Haciendo esfuerzo para sonreirse.*) Su hija de usted es bonita.

Ponc. No... sino es rica. Y si tú quieres escoger, en la mano tienes mil proporciones. Pero no piensas en eso, y haces bien... para dar con un marido que se lleve tu dote, ó se la coma... mas vale quedarse soltera... al menos no se arriesga tanto como el bolsillo.

Casil. Mi dote...! con que tengo una dote, padre mio?

Ponc. Una dote...? es natural... forzosamente.

Casil. Y está usted dispuesto á dármela de contado?

Ponc. De ningun modo: yo no he dicho eso: sería un terrible compromiso: no tengo una peseta.

Casil. Acaba usted de decirme que tiene oro á montones.

Ponc. A montones! á montones! Siempre es poco. Y luego estoy debiendo los plazos de la dehesa, otras

tierras, y esta última posesion que él notario está comprando en mi nombre. El mejor dia tendré que pagarlo todo: y ahora me acuerdo de ·ue va á venir... El bestia de su sobrino se march á Talavera, sin esperarse á... (*Movimiento de Casilda.*) Vóime á abajo á preparar el dinero.

Casil. Tan pronto me deja usted?

Ponc. Es obra de momentos.

Casil. (*Deteniéndole.*) No se vaya usted... todavía no... Estoy tan contenta á su lado...! no me deje usted sola.

Ponc. Te empeñas en eso, picarilla... Habrá en el mundo una muchacha mas caroquera! Pero... no estás poco ardorosa...! Tienes calentura? A ver...

Casil. Calentura...! oh! sí señor, y bien intensa.

Ponc. Tú, cariñito mio! pues al instante, que venga el médico...! digo... mañana, ó pasado mañana, si esto se formaliza.

Casim. (*Entrando por la puerta del gabinete.*) El señor don Sabas...! le he hecho pasar al gabinete de usted.

Ponc. (*A Casilda.*) Mira si yo te decia bien... ya me viene buscando.

Casil. Gran Dios!

Ponc. Es necesario cuidarte, hija mia, cueste lo que cueste... todo me resuelvo á pagarlo... (*A Casimira.*) Dile que me espere un minuto... que ya voy. (*Baja don Ponciano la escalera.*)

ESCENA V.

CASILDA. CASIMIRA. *Luego* DON SABAS.

Casil. Ay! si llegara á descubrir... despues de lo que me ha dicho... adónde irá?

Casim. Toma! al sotanillo... á visitar su tesoro... no le ha visto desde ayer!

Casil. Oh! no lo permita Dios.

Casim. Pobre avariento! va á estar un rato en sus glorias.

Casil. Escucha... me parece oir... él es! ya llegó el paso terrible! (*Va á màrcharse.*)

Sabas. (*Entrando por la puertecilla de la izquierda.*) Con

que vamos! dónde está el señor don Ponciano? (*A Casilda.*) Habráse visto... el zopenco de Isidoro?

Casil. (*Recordando con viveza.*) Su sobrino de usted? Habla usted de su sobrino? está ya de vuelta?

Sabas. No hay remedio... se fue atropelladamente con la mitad de mis instrucciones... y tengo precision de correr en su busca hasta Talavera.

Casil. (*Mirándole.*) Hasta Talavera!

Ponc. (*Adentro.*) Casimira!

Casim. Me parece que viene el amo.

Sabas. Ya era tiempo.

Casil. Mi padre! ah! no quiero verle!! (*Sale velozmente por la puertecilla de la izquierda.*)

ESCENA VI.

DON SABAS. DON PONCIANO. CASIMIRA.

Ponc. (*Aparece en el fondo apoyándose en la baranda de la escalera.*) Casimira! Casimira!!

Casim. Ay Dios mio! Señor... qué pálido está usted... se siente usted malo?

Ponc. (*Con voz ahogada.*) Casimira...!! (*Entra en escena, pálido y desalentado.*)

Sabas. (*Cogiéndole de un brazo.*) Qué ha ocurrido...? qué es lo que usted tiene?

Ponc. (*Fuera de sí, y deteniéndole.*) Alto aqui...! quién es usted...? qué hace usted dentro de mi casa...?

Sabas. Está bueno. Soy yo... yo!

Ponc. (*Reconociéndole*) Ah...! (*A Casimira.*) Casimira, regístralo todo.

Casim. Pero, señor amo...

Ponc. Tú no sabes nada... no hay indicios... ay de mí...! que corra el aire...!! ese balcon de par en par!! yo me ahogo...!!! (*Casimira abre el balcon. El amo corre de un lado á otro.*) Casimira... y mi sobrino?

Casim. Su sobrino de usted? está en...

Ponc. (*Agarrándola de un brazo.*) Dónde está...? dónde...? habla...! mi sobrino?

Casim. Se ha marchado.

Ponc. Se ha marchado!!

Casim. Saltó por el balcon... y...

Ponc. Por el balcon...! no me queda duda... ah! me han asesinado!! (*Desesperacion.*)

Sabas. Pero... qué hay? qué sucede...?

Ponc. (*A Casimira.*) Pronto! en el acto! un caballo...! corre, corre á ensillar la yegua.

Casim. Señor...

Ponc. (*Empujándola afuera.*) Anda, despáchate... (*A sí mismo.*) Se ha fugado! (*Casimira se vuelve.*) Casimira!! (*Casimira sale.*)

ESCENA VII.

DON SABAS. DON PONCIANO

Sabas. En resumidas cuentas, quiere usted esplicarme...

Ponc. (*Con dificultad.*) Va usted á salir al escape... usted, don Sabas... usted marchará, porque yo no tengo fuerzas... no puedo abandonar mi casa .. me quitarian lo poco que me queda...!!

Sabas. Y adónde quiere usted que yo vaya?

Ponc. Adónde ha de ir usted, hombre idiota! Al juez del partido... á darle una queja que le saque de quicio. Es necesario que venga... que ponga la milicia nacional sobre las armas... que haga andar en un pie á toda la policía del reino. No pierda usted un segundo. Celadores, soldados, alguaciles! Suma vigilancia!!!

Sabas. Hombre de Dios, qué es lo que pasa?

Ponc. No lo he dicho ya...? lo que pasa es que me han robado!!

Sabas. Jesus, María y José!!

Ponc. Me ha saqueado ese pícaro! todo lo ha cogido... mi oro...! mis billetes...! mis haciendas...! un rob!!!

Sabas. Su sobrino de usted!

Ponc. Ese infame...! corra usted... quiero que le busquen... que le prendan.

Sabas. Sosiéguese usted, por los santos del...

Ponc. Qué es lo que usted dice...! aun está usted con esa cachaza...! Usted va de acuerdo con él...! no hay duda: ah! yo corro á buscarle... á echarle mano... á sujetarle! Yo... ah! yo muero!! (*Da algunos pasos para salir, retrocede, quiere marchar segunda vez, titubea, y cae sobre una silla cerca de la mesa.*)

Sabas. (*Acudiendo á él.*) Vamos, amigo don Ponciano, anímese usted... le encontraremos... le...

Ponc. (*Con voz sofocada.*) Acuda usted...

Sabas. (*Marchándose.*) Voy... voy... corriendo. Un robo! un robo!! esto es una atrocidad!!! (*Baja por la escalera.*)

Ponc. (*Sentado.*) Cuidado! mucho pulso...! que se lo cojan todo... que le registren bien... (*Levantándose precipitadamente, y corriendo á la puerta, grita á don Sabas.*) No... no... que nadie le toque... yo le registraré... que le prendan. Eh! don Sabas! escuche usted! oiga usted...! (*Cae sobre la silla que está junto á la puerta.*)

ESCENA VIII.

DON PONCIANO. CASILDA.

Casil. (*Entrando por la puertecilla de la izquierda.*) Que le prendan...! A quién van á prender, padre mio?

Ponc. (*Levantándose precipitadamente.*) A quién...? á él... á él... Tú no sabes lo que pasa? Todo me lo ha robado... ese facineroso de Carlos! ese malvado!

Casil. Su sobrino de usted?

Ponc. No es sobrino mio... á mí no me toca nada... nada absolutamente...

Casil. Cielo santo!

Ponc. Y su padre que me le envia con pretesto de que está aburrido...! para saquearme... para... Pero le prenderán... llegaré á verle otra vez: recobraré mi oro... no es verdad, hija de mi alma?

Casil. Le prenderán...! y por qué?

Ponc. Por ser un grandísimo bandolero.

Casil. Oh! no diga usted semejante cosa, padre mio!

Ponc. Que no lo diga! Es un ladron! un herege! un patibulario!

Casil. Mi primo...! y si no ha sido él?

Ponc. Hem...! no tengas miedo: á la fuerza, lo confesará: el juez le buscará las cosquillas... Yo mismo voy en persona... (*Hace un movimiento para salir.*)

Casil. Señor! deteneos... no permitais que prendan á nadie.

Ponc. A nadie... cuando me han sumergido en la deses-

peracion... en la miseria! para qué sirven los tribunales?

Casil. Pero yo os juro que él es inocente.

Ponc. Imposible!!

Casil. No tiene culpa alguna.

Ponc. Sí la tiene: toda, toda.

Casil. (*Cayendo arrodillada delante de su padre.*) No... yo soy la culpable. Sí, padre mio, yo lo soy.

Ponc. Tú!

Casil. Sí, yo, que de rodillas imploro perdon.

Ponc. (*Cayendo sobre una silla.*) Eres tú la que has tomado... la que has... tú, hija mia...! oh! no, no... es falso, falso!!

Casil. Yo soy, padre mio... Oh! no creí causaros tanto pesar... Pero mi tio iba á perecer... usted me lo rehusaba... y los instantes eran de muerte.

Ponc. Y preferiste mi estermiuio! (*Cambiando de tono.*) Mas... no lo has enviado... verdad? (*Levantándose.*) Oh...! no... todavía no?

Casil. Sí señor, ya estará en su poder.

Ponc. (*Furioso y enagenado, agarra una silla.*) Miserable...! qué has hecho...!! (*Tirando la silla lejos de sí.*) Marcha de aqui... vete... yo te deshereda! yo te maldigo! yo te conjuro...! quítate de mi vista!

Casil. (*Alejandose.*) Padre!

Ponc. (*Corriendo hácia ella y deteniéndola.*) O si no... espera... tú no fuiste sola... tú tienes cómplice.

Casil. No señor.

Ponc. Tu primo...!

Casil. Nada sabia.. ni en este momento lo sabe tampoco.

Ponc. Eso no puede ser.

Casil. Yo lo juro, por la memoria de mi madre!

Ponc. Pero mi dinero... mi pobre dinero, dónde ha ido á parar...? A quién se lo has entregado...? quién se lo ha llevado...? dilo, yo quiero saberlo...

Casil. Y para qué quiere usted que se lo diga?

Ponc Para qué...? para perseguir al traidor... para ponerle en una cárcel... para hacer que le ajusticien, á él, á su familia... á todo el mundo!!

Casil. En ese caso... yo sola soy culpable.

Ponc. Tú descubrirás...!

Casil. A nadie.

Ponc. Mira lo que dices!
Casil. A nadie, padre mio.
Ponc. Está bien... tú sola sufrirás la pena. Ya puedes temblar!

ESCENA IX.

CASIMIRA. DON PONCIANO. CASILDA.

Casim. (*Llegando por la puerta de la escalera.*) Dios mio! Señor amo... esos gritos...
Ponc. (*Yéndose á ella.*) Qué quieres? qué buscas? quién te llama...? Tú no has ayudado á mi hija, hem...? serias tú...?
Casim. De qué me habla usted?
Ponc. (*Dirigiéndose á Casilda.*) Vamos, sé muger de bien... aqui sin malicia, entre todos unos... dime, á quién has confiado...
Casim. No lo sabrá usted de mi boca.
Ponc. Cómo! te niegas á obedecerme?
Casim. Qué es lo que ocurre?
Ponc. Ocurre, que va usted á encerrar á la señorita, alli, (*Señalando la puerta lateral de la izquierda.*) en aquel cuarto, el de su madre... en él estará hasta que se pudra ó confiese... y sin salir jamas! Yo tabicaré la puerta... y usted no me la tenga que dar nada, ni un vaso de agua.
Casim. Pero señor amo...
Ponc. Nada.
Casil. Oh! Dios mio...!
Casim. (*Yéndose junto á Casilda.*) Es posible, señorita! (*Casilda se dirige lentamente hácia la puerta de la habitacion de la izquierda.*)
Ponc. (*Aparte.*) Ah! todavía es tiempo... tal vez estará escondido en la casa... yo voy... (*Da algunos pasos para salir.*)
Casil. (*En tono suplicatorio.*) Padre mio!
Ponc. (*Deteniéndose en la meseta de la escalera en el momento en que va á salir, y mirando á Casilda.*) Hem...! quieres declarar? (*Casilda baja la cabeza, se vuelve de espaldas, y nada responde.*) No...? pues al encierro!! (*Baja.*)

ESCENA X.

CASIMIRA. CASILDA.

Casim. Dios de bondad...! qué ha hecho usted para enojarle hasta ese estremo?

Casil. Sí, sí... terrible ha sido su cólera...! pero al menos ha recaido sobre mí sola. Casimira... me ha echado su maldicion!! (*Llora.*)

Casim. Vamos, señorita, no hay que desanimarse... no es tan rencoroso como parece.

Casil. Ah! es mucho golpe el que ha recibido... si le hubieras visto...! cómo lloraba...! oh! soy culpable, lo conozco... y sin embargo, como haya librado la vida de mi tio... del padre de Carlos...

Casim. Qué dice usted, señorita... Ah! yo ignoro de qué manera... mas sea como fuere, usted se ha portado bien, y el cielo la recompensará.

Casil. Solo le pido el perdon de mi padre.

Casim. No se contentará con eso. Usted dejará para siempre esta casa, y su primo que la adora...

Casil. Él... ah! calla por piedad.

ESCENA XI.

LOS MISMOS. DON SABAS, *entrando por la puerta de la escalera.*

Sabas. Pues señor, no es fuerte cosa que siempre le he de andar buscando!

Casil. (*Asustada y corriendo hácia la puerta de la izquierda.*) Mi padre!

Sabas. Vosotras por aqui...? y don Ponciano que se figuraba tenerla reclusa...

Casil. Voy á cumplir sus órdenes, padrino.

Sabas. No... espera un momento: tu padre me envia á verte... y que sea aqui ó en otra parte, me da lo mismo... Sabes que está muy enfadado? Sustraerle su tesoro!

Casim. Ay! Santa Bárbara! qué noticion!

Sabas. Mas de cien mil escudos!

Casim. Señorita...! y no la ha asesinado á usted...!

Casil. Padrino... yo no sabia el valor de aquellas monedas, y aunque lo hubiera sabido...

Sabas. Quieres callarte...!! si él oyese... por fortuna que anda dando vueltas por la casa, escudriñando todos los rincones y chirivitiles... Escúchame: yo he hablade en tu favor, y creo que te perdonaria si le dijeses la persona á quien has confiado...

Casim. Dígalo usted, señorita, dígalo usted...

Casil. Quiere prenderle...! condenarle!

Sabas. Por de contado... como que tiene derecho para ello...! En su lugar yo haria otro tanto.

Casil. Usted... pero si él no hizo mas que ceder á mi llanto y á mis súplicas...! yo le engañé... yo le dije que mi mismo padre mandaba...

Sabas. No importa... hizo mal... él es el culpable... y si le llegan á echar mano...

Casil. Usted le defenderia.

Sabas. Acabo de dar las órdenes para su aprehension.

Casim. La de don Carlos!

Casil. Usted, padrino...! Ah! es una infamia... corra usted... á revocar esa orden injusta.

Sabas. A la policía con eso... que ya le debe tener en su poder.

Casil. Pero reflexione usted que no salió de aqui esta mañana... si no ayer.

Sabas. Qué dices...? el cómplice salió ayer?

Casil. No es quien usted se imagina.

Sabas. El sobrino de don Ponciano?

Casil. No señor.

Sabas. Pues entonces... quién es?

Casil. El sobrino de usted.

Sabas. Mi sobrino!

Casim. Don Isidoro!

Sabas. Es imposible... está en Talavera.

Casil. No... sino en Madrid... Yo le engeñé... le dije... (*Don Ponciano aparece en la puerta de la escalera con ambas manos á la espalda. Casilda lanza un grito.*) Ah...! (*Se aleja como aterrorizada, metiéndose en el cuarto de la izquierda.*)

Casim. (*La sigue y dice al salir:*) Gran Dios! que será

de nosotras! (*Entra en la misma habitacion que Casilda.*)

ESCENA XII.

DON PONCIANO. DON SABAS. *A poco* CASIMIRA.

Sabas. (*Aparte.*) El salvage de mi sobrino...!! con nuestros proyectos de casamiento! felizmente se encuentra en Madrid; es probable que no le prendan.

Ponc. (*Que se le ha ido acercando lentamente.*) Ha hablado usted con ella?

Sabas. Cuatro palabras.

Ponc. Y qué tal...? la idea que yo tenia... de que la suma estaba aun escondida en mi casa... qué sé yo dónde...? pero... eh!

Sabas. Pues... exactamente... usted creía...

Ponc. (*Mirándole y riéndose.*) Cáspita...! eso... estaria gracioso...! sería digno de verse...! ya decia yo!!

Sabas. Ciertamente.

Ponc. (*Con la misma risa.*) Si quisiera Dios que cuanto antes...!

Sabas. No hay nada de eso.

Ponc. Con que ha sido ese traidor... mi sobrino...?

Sabas. No ha sido él.

Ponc. Pues quién? á quién os ha designado ella?

Sabas. A nadie.

Panc. (*Colérico.*) Mal rayo...! con que no confiesa? no declara? se ha empeñado en que yo la desherede?

Sabas. Desheredarla...! usted no puede hacerlo! (*Aparte.*) Y me alegro de veras!

Ponc. No tengo facultades?

Sabas. No señor.

Ponc. Y mucho que sí.

Sabas. No por cierto... un padre...

Ponc. Cómo se entiende...! con que un padre puede maldecir á su hija, y no puede deheredarla...! eso es insoportable! Entonces qué viene á ser la maldicion paterna?

Sabas. Escúcheme usted.

Ponc. (*Con desesperacion.*) Déjeme usted... Infeliz de mí! con que no tengo facultades para desheredarla...! Pero no ha de ver un cuarto mio: lo poco que me queda voy á gastarlo en mangas y capirotes; desde

ahora he de ser el asombro de los pródigos. No quiero verla... en mi vida...! (*Casimira sale del cuarto donde Casilda está encerrada.*) Casimira, qué es lo que está haciendo?

Casim. La señorita Casilda? Pisf! Señor amo... está muy afligida: llorando... arrodillada junto de la cama de su madre...

Ponc. Ah...! y por qué se resiste á declararlo todo...? á mí, que la queria... que jamas la negaba nada... verdad es que ella nada me pedia tampoco; pero eso no es culpa mia... (*Mirando á la habitacion.*) Ah! sí... de rodillas...

Sabas. Aun está usted muy entero... es preciso dejarse ablandar.

Ponc. (*Llorando.*) No, no... (*A Casimira.*) Cierra esa puerta... no la perdonaré, nunca... ni al otro bribon. (*A Casimira.*) Me guardaré muy bien... Anda, vete. (*Casimira sale.*)

Sabas. (*Aparte.*) Si yo pudiera persuadirle con maña...

Ponc. (*Mirando por la puerta.*) Pícara muchacha! yo haré tu infelicidad, como tú has hecho la mia.

Sabas. Mire usted, don Ponciano... ella le ha quitado á usted el dinero... pero en cierto modo... era suyo.

Ponc. (*Siempre cerca de la puerta, que está entreabierta*) Hem...! qué está usted ahí diciendo...? ella nada tiene: aqui no hay nada suyo... todo es mio... todo.

Sabas. Vamos, vamos, que ella heredó de su madre, y...

Ponc. No hay tal cosa... todo es mio.

Sabas. Dentro de ocho dias será mayor de edad...

Ponc. Es un enredo... todo...

Sabas. Andese usted con tiento... la ley es terminante... la niña tiene derecho á la mitad: le anda barbeando al millon.

Ponc. (*Cerrando bruscamente la puerta, y corriendo hácia don Sabas.*) Calle usted, hombre infernal, calle usted.

Sabas. Qué tontería! si ella lo sabe.

Ponc. Lo sabe?

Sabas. No hace nada que me lo estaba diciendo... usted tiene obligacion de darla sus cuentas... no faltará quien las exija en su nombre... y yo mismo si llegase el caso.

Ponc. Usted, amigo mio... sería usted capaz... un escribano real...! qué horror! qué sacrilegio !!!
Sabas. Para arreglar este asunto se me ocurre una idea.
Ponc. Sí...? Veamos. (*Aparte.*) Estoy cierto de que su idea no tiene sentido comun.
Sabas. Cásela usted.
Ponc. Casarla...! á mi hija...! arrojarla de mi casa!
Sabas. Antes que sea dueña de su persona...
Ponc. Jamas.
Sabas. La buscaremos un marido.
Ponc. No quiero.
Sabas. Que pasará las cuentas á ojos cerrados.
Ponc. Hem...!
Sabas. Y sin exigir un cuarto.
Ponc. Nada? ni una peseta?
Sabas. Unicamente el crédito contra su cuñado de usted.
Ponc. (*Aparte.*) Mirándolo bien... no es su idea tan tonta como yo creía.
Sabas. No hay que andarse jugando... dentro de ocho dias... mayor de edad.
Ponc. Sin remedio. (*Aparte*) El escribano piensa en su sobrino.
Sabas. (*Aparte.*) Ya va muy bueno.
Ponc. Al menos no se perderá todo.
Sabas. Pues qué estoy diciendo?
Ponc. Y las cuentas...
Sabas. No habrá que rendirlas siquiera.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS. *Luego* CASIMIRA. CASILDA. CARLOS.

Casim. (*Dentro.*) Por aqui, caballero, por aqui. (*Oyese ruido.*)
Ponc. Qué es eso?
Sabas. Qué ruido...
Casil. Aqui está mi pri... (*Ve á su padre, y se detiene.*)
Sabas. (*Al balcon.*) Su sobrino de usted, que le traen... pero... aquellos mozos...? viene preso.
Casil. Preso!
Ponc. (*Gritando por el balcon.*) Eh! soltadle... soltadle!
Casim. Asi! venga usted...

Car. (*Entrando.*) Prenderme...! á mí! y con qué derecho...? (*Corriendo hácia don Ponciano.*) Ah! Señor tio, ha dado usted orden...? tiene usted noticias satisfactorias de mi padre? lo que Casimira me ha dicho... de que estaba en salvo... que usted le habia enviado dinero con don Isidoro... es cierto?

Sabas. Por vida de...!

Ponc. Isidoro!

Car. Ya me lo habia dicho mi prima... mas no me atreví á creerlo... tanta bondad, mi querido tio...! Usted nos ha devuelto el honor y la vida... Ah! disponed de mí... de hoy en adelante mi sangre, mi vida le pertenece á usted.

Ponc. Con menos me contento... Escucha una palabra... tú eres un guapo muchacho... pues bien... esa cantidad, ese oro, esos billetes que me han ro... (*Casilda le detiene, impidiéndole que pronuncie la última palabra.*)

Car. Que usted ha enviado á mi padre?

Ponc. Pues! Como tú quieras.

Car. Ah! mi reconocimiento será eterno.

Ponc. Entre nosotros no debemos andar con.... vaya, me doy por satisfecho con el gusto de... seguramente, porque cuando uno hace un favor... Yo soy asi... Pero quiero hacer mas todavía: yo te lo regalo sin interes.

Todos. Cómo!

Car. A mí?

Ponc. Sí; era la dote de mi Casilda... otro tesoro que tambien pongo en tus manos.

Casil. Oh cielos!

Sabas. Vaya usted viendo...! mi plan desbaratado.

Casim. Cuánto me alegro!

Car. Sería posible?

Ponc. Ya has recibido la dóte... negocio concluido. Esta noche firmareis los dos un papelillo que emborronará el escribano.

Sabas. (*Pasando vivamente entre Carlos y don Ponciano.*) Señores, un poco de cachaza! Es que no hay certidumbre de que hayan llegado á tiempo.

Car. Caballero!

Casil. Padrino!

Ponc. Dice usted...

Sabas. Yo digo que mi sobrino no salió hasta ayer tarde... y segun la carta de su cuñado de usted... es probable que ya fuese infructuoso el viaje.

Ponc. Cómo!

Todos. Gran Dios!!

Car. (*A don Ponciano.*) Qué es lo que oigo! usted no ha recibido noticias...? con que usted nada sabe!

Ponc. Yo? ni esto.

Car. Y me ha obligado usted á volver...! Ah! déjeme usted huir de aqui!

Casil. (*Queriéndole detener.*) Carlos! Carlos!

ESCENA XIV Y ÚLTIMA.

LOS MISMOS. ISIDORO.

Isid. (*Con pantalones de montar, sombrero de camino, y un látigo en la mano. Entrando precipitadamente.*) Ya estoy aqui.

Todos. Isidoro!

Car. (*Agarrándose á él.*) Ah! dígame usted, dígame usted...

Isid. Aguárdese usted: no puedo echar el aliento... vengo molido... desgualdrajado... (*Casimira le da una silla.*)

Car. Pero mi padre...! mi padre!

Isid. Su padre de usted está bueno.

Car. Oh! amigo mio... mi querido amigo! (*Le abraza.*)

Casil. Buen Isidoro!!

Ponc. Y mi dinero? (*Volviéndose á otro lado.*) Y mi dinero?

Isid. El dinero de usted tambien... (*Se sienta.*) Jesus, lo que he corrido...! En silla de postas como la señorita Casilda me habia mandado... (*Carlos la mira.*) Parecia yo un príncipe en mi carroza... Y á la vuelta... desde Toledo... á caballo... al escape... de modo que vengo hecho un guante. (*Se levanta. A Casilda.*) Está usted contenta, señorita? (*Casilda se acerca á él y le aprieta la mano.*)

Ponc. Y mi dinero?

Isid. Como iba diciendo... el oro de usted llegó á tiem-

po... Caramba! qué alegría recibió aquel pobre señor... como que ni siquiera lo esperaba... Pero cuando le dije que era de parte de usted...

Ponc. No hay tal cosa.

Casil. (*Deteniéndole.*) Ah! padre mio!

Sabas. Tiene razon... él no fue quien...

Ponc. (*A don Sabas.*) Cállese usted! (*Carlos los mira con sorpresa, y pára los ojos en Casilda.*)

Car. (*Aparte.*) Siempre misterios!

Isid. Entonces quedó sorprendido... se arrojó en mis brazos... (*A Carlos.*) como usted ahora poco.

Ponc. (*A Isidoro.*) Y tomó mi dinero...?

Isid. (*Dándole un papel.*) Ahí está su recibo... usted es para él... no ya un hombre, sino un angel... una divinidad... "Diga usted á don Ponciano, esclamó, que esta noble accion me estrecha con él para toda la vida... En cuanto á Carlos (añadió) que venga cuanto antes... que todavía podremos verificar su casamiento."

Car. Eterno Dios! Mi casamiento! (*Casilda suelta vivamente la mano de Carlos.*)

Todos. Su casamiento!

Isid. Sí... con la hija de un consejero... con doña Elisa Gallardo.

Casil. Elisa!

Car. (*Dirigiéndose vivamente á don Ponciano.*) Ah! mi amado tio! he dado á usted mi palabra, que es sagrada... mi padre no conoce la estension de lo que debe á usted... á Casilda... y esta mano que ella aceptará sin duda...

Casil. (*Cerca de su padre, entre él y Carlos, con voz ahogada.*) No, primo mio, no..., no es tanto lo que usted nos debe... mi padre no quiere la libertad de usted en precio de sus beneficios... ese amor pertenece á otra muger.. A Dios... sea usted feliz, feliz... con aquella á quien... Ah...! (*Cae en los brazos de su padre. Todos corren á su alrededor.*)

Ponc. Hija mia!

Car. Casilda!

Casim. Señorita!

Ponc. (*Sosteniéndola en sus brazos.*) Hija de mi alma...! Casilda!

Car. Casilda! ay de mí! Vuelve á la vida... no dudes

de mi corazon... es tuyo... todo entero... Ese casamiento que no he de verificar, solo me proporcionaba lujo, vanidad, ambicion. Lo que yo quiero es amor, felicidad...!! No me lo concederás, Casilda mia? (*Cayendo á sus pies.*) Yo te amo.

Casil. (*Vuelta en si, mira á Carlos un momento en silencio; luego, echándose en sus brazos, esclama:*) Ah! Carlos!

Ponc. Asi me gusta...! bien, hijos mios, bien!

Isid. Sí; está bien... (*Movimiento de don Sabas.*) Con tal de que sea dichosa...!!!

Sabas. (*A don Ponciano*) Hum...! y la finca del de Talavera?

Ponc. No me quedaré sin comprarla. Cuidado con olvidarse de la escritura de dote, para que la firmen los muchachos.

Sabas. Vamos ahora mismo á formalizar el contrato.

Car. Sí, vamos.

Casim. Cuánto me alegro! pobre señorita!!

Cae el telon.

FIN DE LA COMEDIA.







Se halla en Madrid en las librerías de Escamilla, *calle de Carretas*, *en la de* Cuesta, *frente á las Covachuelas*, *y en las provincias en las siguientes*:

Habana................	*Urban Ramos.*
Cádiz....................	*Hortal y compañía.*
Barcelona...........	*Piferrer.*
Valladolid..........	*Rodriguez.*
Zaragoza.............	*Yagüe.*
Granada..............	*Sanz.*
Valencia..............	*Mallen.*
Coruña................	*Perez.*
Burgos.................	*Arnaiz.*
Vitoria.................	*Hormilugue.*
Santander...........	*Martinez.*
Santiago..............	*Rey Romero.*
Sevilla.................	*Caro Cartaya.*
Oviedo.................	*Longoria.*
Salamanca..........	*Moran.*
Málaga................	*Carrera.*
Murcia................	*Benedicto.*
Pamplona...........	*Suarez.*
Córdoba..............	*Berard.*
Badajoz...............	*Viuda de Carrillo y sobrinos.*
Alcoy....................	*Cabrera.*
Jerez.....................	*Bueno.*
Palencia..............	*Pastor.*